

PLANETOIDE 2.012

CLARK CARRADOS

Planetoide 2.012

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/009

Inter Jovem et Martem, planetam interposut.

(Entre Marte y Júpiter puse un planeta.)

KEPLER.

CAPÍTULO PRIMERO

SOLO POR $ 3,00 VIAJE A LA LUNA. IDA Y VUELTA Y ESTANCIA DURANTE TRES HORAS, CON VISITA A TIERRA CITY. POR $ 0,10 PODRÁ ADMIRAR DETENIDAMENTE LA PRIMERA ESPACIONAVE QUE SALIÓ DE LA ATMÓSFERA TERRESTRE. NO DESAPROVECHE TAN ESTUPENDA OCASIÓN.

El cartel era de palastro de molibdeno, sostenido electromagnéticamente a cien metros del suelo y a escasa distancia de las ondas de los canales guía de la reactopista, que en aquel momento estaba absolutamente desierta, sin ningún viajero aparato visible en toda la extensión del horizonte infinito de aquel desierto.

A dos kilómetros escasos del lugar donde se hallaba el anuncio se alzaba la astronave objeto de la propaganda. Enorme, vertical, pero perdido el brillo de la estructura exterior en muchos de sus lugares, permanecía allí en espera de que algún turista sintiera deseos de contemplar y hollar el suelo del satélite de la Madre Tierra. Y en la parte de la sombra, escapando a los ardientes rayos del Sol, al pie del aparato, se hallaban dos hombres, escuchando el programa del momento en su televisor portátil.

— ¡Ni un alma en este maldito desierto! —gruñó uno de ellos, pequeño de estatura, de vivaces ojillos y nariz gruesa y prominente. Pero el otro no le hizo caso, echado de pechos en el suelo, contemplando las imágenes que aparecían en la pantalla.

— “Las últimás noticias recibidas anuncian que los mineros del zirconio de las "Explotaciones Doble A" se han declarado en huelga, pidiendo aumento de vacaciones y...” —decía el locutor.

— Si pudiéramos ir allí murmuró como para sí el pequeñajo.

— ¿Es que no podemos? ¿Quién nos lo impide? —gruñó el otro, molesto por la interrupción de su compañero, con notorio acento mejicano.

— Demasiado lo sabes, Martínez. Nos hace falta un hombre —y sacó de su bolsillo algo que brilló aun a pesar de hallarse a la sombra. Una maravillosa estatuita de oro macizo, de unos ocho o diez centímetros de estatura, representando una mujer alargando el pie para comprobar la frialdad del agua del arroyo en el que pretendía bañarse—. Y pensar que allí hay toneladas y toneladas de oro que sólo aguardan a unos cuantos hombres decididos que sepan echárselas al bolsillo.

— "La hermosa y conocida propietaria de las "Explotaciones Doble A", en una entrevista concedida a nuestro enviado especial, manifiesta que no es posible conceder más descanso a sus obreros...” —proseguía el locutor.

— No me hables de volver al1í —dijo Martínez—. Demasiado pasé, y todo el oro del sistema planetario no me haría moverme de la Tierra. Guárdate la estatua. No sirve para nada. Ni siquiera la puedes vender. Antes de que lo intentaras, ya estarían tus huesos en la cárcel.

— Sí —murmuró el otro pensativo—; estaría en la cárcel porque sólo tengo una estatua de oro. Si trajéramos el espaciocohete abarrotado, sería otro cantar. Pero nos nace falta un hombre...

— Lo mismo decía Diógenes. Y se murió sin encontrarlo.

El locutor de la T.V. cambió el disco:

— "...Y ahora, señoras y caballeros, conectamos directamente con el hogar de los Purwance. Es el día de los esponsales, de la promesa de matrimonio de la bellísima Edna Purwance, hija de nuestro más respetado conciudadano, Jeffries Purwance, propietario de las "Explotaciones Purwance"..."

— ¡Demasiados Purwance! —gruñó, molesto, Martínez, alargando la mano para cambiar de estación, pero se vio detenido por un mudo ademán de su socio.

— "...con el héroe de la I Guerra Sideral, Emory Winton..."

— ¡Basta ya, Abner Blossom! Voy a...

— ¡Ya está! ¡Ya lo tenemos! —el judío se sentó en el suelo alborozado —. El hombre que necesitábamos. El hombre que nos llenará los bolsillos de oro hasta que revienten. Lo tenía delante de las narices y no lo he sabido ver.

— No me extraña —ironizó Martínez—. Demásiadas narices para tan poco hombre.

Pero Blossom no hizo caso de la interrupción. Continuó meditando en tanto que se frotaba enérgicamente la barbilla, como si pretendiera extraer de ella las ideas que no encontraba, en tanto que el mejicano, harto ya de la fiesta de petición de mano, giraba el botón de mandos del televisor, al mismo tiempo que se oían las notas de un alegre pasodoble.

— "...Y en este momento, las cuadrillas inician su paseillo. Los dos fenómenos del momento van a dirimir la supremacía de la Fiesta Nacional en la primera plaza del mundo, en Madrid..."

Pero en aquel momento, el estallido de luz y color que era el desfile de los toreros en el redondel, desapareció al mover Blossom el botón de mando.

— ¡Abner! ¡Eso si que no te lo tolero! —protestó Martínez.

— ¡Idiota! Se me ha ocurrido una idea que nos va a dar millones. Voy a llamar a la central para que me ponga en comunicación con cierta persona que anda ahora por la ciudad.

— ¡Déjame a mí de personas! Yo quiero ver esa corrida. Es la mejor del año y por una fantasía tuya me voy a quedar sin ver ese mano a mano.

Pero Blossom no hacia el menor caso. Y en la pantalla apareció el rostro de la operadora, con una expresión nada grata reflejada en el mismo.

— Depositen dos centavos si quieren comunicar con alguien.

— ¡Escuche, guapa! Tengo urgente necesidad de...

— Dos centavos o no comunicará, Abner Blossom. Ya debe demasiado.

— Está bien, tormento. Cierre y lárguese con la música a Otra parte.

— Bueno, así veré la corrida y... —empezó a decir el mejicano.

— No. Vamos a la ciudad —le cortó—. Ha hecho bien la operadora en no darme la conferencia. Lo que tengo que hablar no es para ser escuchado por otros oídos que no sean los nuestros.

— ¿Con que a la ciudad, eh? ¿Qué dinero llevas en el bolsillo, Abner?

— El reactobús pasa dentro de quince minutos.

— Te dirá el conductor lo mismo que la de la T. V.

— Haremos "reactostop", Martínez.

— ¿Es que no sabes que esta prohibido? ¿De qué forma te vas a arreglar para recorrer las sesenta millas que te separan de Magnecity?

— AdióS —dijo Blossom simplemente, echando a andar, sin preocuparse del cohete ni del aparato de televisión. Martínez lo contempló un momento y al fin, con dos zancadas de aquellas piernas que nadie hubiera pensado que eran capaces de mover con tanta agilidad aquel pesado corpachón, alcanzó a su socio que, a su lado, parecía un pigmeo.

— No sé lo que vas a intentar, compadre, pero no te puedo dejar solo. Eso —señaló con el pulgar al astrocohete— es lo único que nos queda y no he de permitir que te metas en un lío para que nos lo embarguen.

Tres horas después, todavía continuaban los dos socios al borde dela reactopista, cien metros por debajo de ella, sin que ningún vehículo se hubiera detenido. Toda la elocuencia de Blossom se había estrellado

ante la inflexibilidad del conductor del reactobús que no quiso saber nada de dos pasajeros que no tenían el importe del billete.

— ¡Me voy a derretir! —rezongó Martínez.

— Tú no puedes quejarte. Ese antediluviano sombrero que llevas te protege lo suficiente para que no sientas los efectos del sol. En cambio, yo... ¡Mira! A ver si tenemos suerte esta vez.

El granjero que conducía a velocidad moderada su reactor de carga llevando sus productos al mercado, vio en la pantalla de su televisor la clásica señal de la mano y el pulgar pidiendo alto.

— Un dólar por cabeza y los llevo a Magnecity —fue su saludo.

— ¡Hecho! Le daré tres —dijo Blossom, dejando atónito a Martínez, que no sabia de dónde iba su socio a sacar lo que en aquellos momentos constituía una verdadera fortuna para ellos.

Se lo explico diez minutos más tarde, cuando un enfurecido granjero quedo a sus espaldas, a la puerta del mercado de la ciudad, soltando juramentos en grandes dosis, en tanto que hacia pedazos un "ticket" para un viaje al satélite. Y Martínez, viendo a su compañero sonreír levísimamente, comprendió que era un modo de reír internamente a carcajadas ante la astuta jugada.

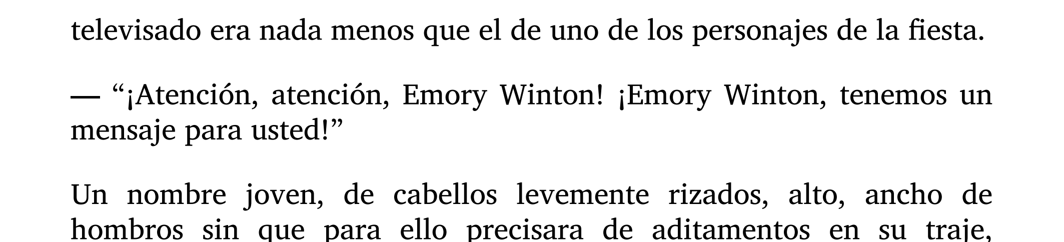
— ¿Dónde vamos ahora? —inquirió.

— A buscar a “Bronco” Charlie —fue la enigmátoca y firme respuesta de Abner Blossom. '

* * *

La fiesta de esponsales de Edna Purwace y Emory Winton estaba en pleno apogeo. Docenas y docenas de invitados pululaban por los amplios salones de la casa.

Pero en el momento en que la conversación del grupo era más animada, del aparato de T. V. que tenían al lado y que algunos de ellos miraban distraidamente, salieron unas graves palabras que llamaron la atención de todo el mundo, porque el nombre que estaba pronunciando el locutor que había interrumpido el espectáculo



televisado era nada menos que el de uno de los personajes de la fiesta.

— “¡Atención, atención, Emory Winton! ¡Emory Winton, tenemos un mensaje para usted!”

Un nombre joven, de cabellos levemente rizados, alto, ancho de hombros sin que para ello precisara de aditamentos en su traje, avanzó hasta el aparato y oprimió un botón del mismo.

— ¿Qué hay, Joe?

— “¡Hola, Emory!” —saludó el locutor—: “Escucha. Pon atención. He recibido una nota con el encargo de retransmitirla públicamente."

— Bien. Vamos con ella, Joe —dijo Emory con un leve tono de impaciencia en su voz, notando que su prometida se le cogía del brazo y, como él, miraba a la pantalla.

El locutor pareció respirar hondo antes de hablar y al fin se lanzó.

— “Esta bien. ¡Allá va! Quiero advertir que el llamado Emory Winton es un canalla y un traidor de la mayor especie y que, si se llama hombre a sí mismo, no dejara de encontrarse mañana conmigo, a las once de la mañana, en mitad de la Calle Lincoln.”

— ¿Quién firma eso? —habló sin perder la serenidad Emory, pero sintiendo en su interior rugirle un volcán de pasiones.

— "Bronco" Charlie y... —pero alguien, irrumpiendo en el grupo de espectadores, cortó la transmisión, mirando luego fijamente al provocado.

— Supongo que no acudirás, ¿verdad?

— Señor Purwance, opina usted muy mal del futuro marido de su hija si cree que va a permitir que cualquier coyote lo insulte. Daré una lección definitiva a ese Charlie y no volverá a echar más baba por su boca.

— Emory, Si haces eso, te meterán en la cárcel de por vida. Recuerda que así te lo prometió el jefe de policía. Dijo que si volvías a sacar una pistola, no verías más la luz del sol.

Quien así hablaba era Edna, y su novio la miró sonriendo:

— Tú no querrás que tus hijos puedan oír algún día que su padre fue un cobarde, ¿verdad?

— ¿Qué hijos? —replico ella riendo nerviosamente—. Si te encierran, ¿crees que me casare contigo?

— Escucha, hijo —terció el señor Purwance—. No hagas caso de ese borracho. Parece mentira que en el siglo XXIII permitan todavía andar sueltas cierta clase de personas. Bob O'Nunna, el jefe de policía, es gran amigo mío y...

— No se preocupe —rió Emory—. Mañana ahorraré un trabajo al basurero.

El operador de la estación de policía tomó aquella noche aspirinas en cantidad suficiente para quitar el dolor de cabeza a una manada de elefantes. Las protestas de los más conspicuos ciudadanos de Magnecity pusieron al rojo vivo los cables de transmisión y a última hora acabó por desconectar aburrido, ante la visible complacencia de O. Nunna.

— ¡En menudo lío le han metido a usted, jefe!

— Sí. Y lo malo es que no puedo hacer nada mientras no saque la pistola Emory Winton.

— Ahí tiene usted lo que son las cosas, jefe —comentó el operador—. Todo un héroe nacional y no puede llèvar ni siquiera un cortaplumás encima. En cambio ese granuja de "Bronco" Charlie...

— ¡Así es la vida! —filosofó el jefe de policía—. Quisiera estar ahora en la Luna, bien lejos de aquí. Si intervengo antes de que el desafío tenga lugar, Emory Winton me echará, encima una jauría de abogados. Y sí lo dejo actuar, o lo mata ese sucio mestizo, o lo hace él. Y lo más probable es que ocurra esto, con lo que el héroe se pasara el resto de su vida a la sombra.

A las diez dela mañana, Edna se plantaba en jarras delante de su prometido:

— Escucha, Emory. Puedes ir, si ése es tu deseo, a encontrarte con ese beodo impenitente. Pero si sales de esta casa con ese objeto, ten en cuenta que no volverás a cruzar el umbral. Ni que te maten, ni que quedes vivo, ni que te perdonen la pena de prisión que tienes suspendida sobre tu cabeza. ¿Lo oyes?

— Está lloviendo —dijo el, mirando por la ventana—. Eso me conviene. Así no se me verá el arma debajo del impermeable.

— ¡Emory Winton! —gritó la muchacha, exasperándose—. ¡Considera mis palabras!

— Están consideradas —replicó él fríamente, agregando a continuación, para suavizar la cosa—. Te quiero mucho, Edna, pero no tolero que un sinvergüenza pisotee mi honor.

— ¿Tu honor? —dio ella nerviosamente, empezando a perder el control de si misma—. ¿Qué honor puede tener un policía sideral expulsado del cuerpo por asesino? ¿Eres tú el que habla de honor, Emory Winton?

Ya estaba él en la puerta y la miro con pena:

— Adiós, Edna. No me comprenderías. Quisiera…

Pero no concluyó. Salió precipitadamente de la estancia Sin ver como la muchacha se arrojaba en una butaca, sollozando convulsivamente al ver fallidas sus esperanzas. Y media hora más tarde, el provocado estaba en mitad de la calle de Lincoln, impertérrito, sin reparar en la lluvia que habla sucedido al radiante sol que luciera el día antes y que resbalaba por su rostro.

Emory miro a lo largo de la calle y pensó para su capote que todas las ventanas estarían repletas de personas ávidas de ver morir un hombre. Docenas y docenas de transmisores de T. V. estarían enfocados hacia él para que, los que no podían presenciar el duelo personalmente, lo vieran de igual forma que si estuvieran al borde de la acera. Sonrió para sí y vio un coche de la policía detenerse a unos metros de él, de donde Salió a todo correr un hombre.

— ¡Emory! Aún estás a tiempo —dijo Bob O'Nunna—. Todos te conocemos y sabemos que lo que menos tienes es miedo. Deja en paz a ese borracho de Charlie y yo me las entenderé con el.

Winton sonrió suavemente, pero sus ojos no miraban al policía, sino a la calle.

— Gracias, Bob —dijo—, pero eso es cosa mía. He de arrancarle el pellejo a ese mestizo.

— Todos sabemos que mataste a su padre en defensa propia —continuó arguyendo O'Nunna—. No le hagas caso. Vete, cásate con Edna y procura tener medía docena de chiquillos.

— Media docena de hombres que dentro de veinte años dirían que su

padre volvió las espaldas una vez, ¿verdad? No, gracias.

El rostro del policía se endureció. Comprendió que no podía hacer nada ante la obstinación del hombre que tenía ante él.

“Bronco” Charlie se había tomado un par de copas antes de asistir al desafío. En circunstancias normales habría vaciado ya una botella, más a pesar de todo no había querido correr el albur de que su pulso le fallara y estaba sereno como hacía años que no lo había estado jamás, siempre obscurecida su mente por los vapores del alcohol. Tenía que conservar firme, el pulso, por sí acaso.

Este por si acaso iba dirigido a Abner Blossom y Martínez, que, fumando plácidamente tras una ventana del "Magnus Hotel", tenían a un lado el rifle de carga nuclear que no pensaban utilizar y en el que confiaba Charlie.

“Bronco” no quiso mirar a la ventana en la que estarían sus dos amigos dispuestos a fulminar a Emory antes de que este sacara su arma. Pensó que si tal hacia, su enemigo se daría cuenta de que era una trampa. No le convenía y continuó avanzando, ante el silencio general de todo el mundo que estaba detrás de las ventanas presenciando los comienzos del duelo.

— ¡Emory Winton! —gritó para darse ánimos—. ¡Avanza y pórtate como un hombre!

Pero no hubo otra respuesta que el ruido de sus propios pasos resonando lúgubremente en el mojado suelo y el mestizo comenzó a tener miedo. Miedo de sí mismo, más que de aquella figura que estaba absolutamente inmóvil a cien metros, semejando una estatua bruñida por el agua que caía suave, pero incesantemente, y que no parecía haber dado señales de reconocerle.

Ochenta metros, setenta y cinco, setenta...

— ¡Vamos, sucio reptil! ¡Saca tu arma! ¡Da la cara al hijo, como no la supiste dar al padre! ¡Asesino por la espalda!

¿Qué hacia ese maldito Abner Blossom que no había disparado ya? ¿Le habrían engañado? ¿No habrían sido todas aquellas palabras la miel de la trampa? Los pensamientos sospechosos cruzaron velozmente por el animo de Charlie quien, no obstante, no Se atrevió a mirar hacia las ventanas del "Magnus Hotel".

Sesenta y cinco metros, cincuenta, cuarenta y cinco...

"Bronco" echó mano a su pistola, pero en el momento en que sus dedos tocaban la culata del arma, sus ojos percibieron el brillo de un chispazo y no tuvo tiempo de oír la explosión del arma de su enemigo, porque un golpecito que recibió en la frente se lo impidió. Ni siquiera tuvo tiempo de expresar su asombro ante el increíble hecho de que su rival hubiera usado un prediluvio "Colt" 44, el fragor de cuya detonación se extendía por toda la calle Lincoln, en el instante en que el mestizo se derrumbaba hacia adelante, muerto ya. Ni siquiera se movió en el suelo.

Emory Winton avanzó pausadamente hacia su caído rival. Llegó hasta el cuerpo, cuya cara estaba hundida en el agua de un ligerísimo desnivel de la calle y lo volvió boca arriba con un pie, contemplando con curiosidad el redondo y negro orificio de la frente de Charlie, del que apenas salían unas gotas de sangre. Y apenas lo había hecho, cuando oyó pasos precipitados, de alguien que corría hacia él.

— ¡Entrégate, Wintonl! ¡Has matado a un hombre y quebrantado tu palabra de no usar armas!

— Fui provocado —dijo él, enseñando su revólver—. De esto no se había hablado. Nadie me prohibió usarlo, recuérdelo, O'Nunna.

— ¡Lo mismo da! Antigua o moderna, no deja de ser un arma. ¡Vamos, dámela!

Emory miro al jefe de policía curiosamente, que ya estaba a su lado, y luego a su coche, a media docena de metros de distancia. E inesperadamente, el cañón del arma, antes de que el otro pudiera percatarse de lo que le iba a suceder, tomó contacto con la mandíbula de Bob, quien se derrumbó pesadamente, como un saco. Y Emory echó a correr hacia el vehículo, del cual, en el mismo momento, salió el agente conductor, desenfundando el arma, sin darse cuenta de que dos hombres acababan de cruzar la calle que comenzaba a poblarse de personas que acudían, pasado ya el peligro, se colocaban detrás de él y uno de aquellos desconocidos lo abatía de un formidable puñetazo detrás de la oreja.

El hombre que había derribado al chófer sonrió ampliamente de oreja a oreja, mostrando una blanquísima dentadura.

— ¡Aprisa, amigo! ¡Esto no va a tardar en calentarse!

Emory se metió de cabeza en el coche, viendo un hombre diminuto ante el volante. Y no se había sentado aún, cuando el reactor de la policía, robado en sus propias barbas, se elevó verticalmente casi, dejando tras sí una rugiente estela de humo y llamás.

CAPÍTULO II

Ya estaban en órbita libre. Tan pronto como el piloto invirtió la espacionave, Emory Winton se soltó de las ligaduras que lo retenían sujeto a la hamaca antichoque y se levantó, mirando pensativamente por el "ojo de buey" de grueso vidrio, destinado a filtrar los rayos, en tanto que a sus espaldas Abner Blossom sonreía silenciosamente, altamente satisfecho del resultado de su estratagema.

El cohete giró y la imagen de la Tierra apareció como una Luna mucho más ancha, mucho más luminosa y sensualmente más bella que la verdadera Luna.

A medida que la nave se desplazaba, lentamente en apariencia, pero navegando por el espacio sideral a velocidades terroríficas, la Tierra iba perdiéndose de vista y las estrellas comenzaban a presentarse ante la ventana... Las mismás estrellas que siempre había conocido Emory, pero ¡cuánto más brillantes, más firmes, más serenas que vistas a través de la vacilante capa atmosférica de la Tierra!

Sintió un dulce gozo, muy distinto de todos los sentimientos análogos que había experimentado desde hacía muchos años. Sintió como si albergase en su pecho la embriaguez de todos los hombres que desde el comienzo de los tiempos han levantado toda su vida para contemplar las estrellas. Sintió el gozo del desterrado al volver a su patria. ¡El Universo infinito! Ésa era la patria de Emory Winton. Allí donde habla pasado largos años de su vida, viajando a través de las estrellas, vigilando las rutas siderales, impidiendo cualquier infracción de las Leyes del Espacio, regresando durante pequeñas medidas de tiempo al Planeta por imprescindibles necesidades del servicio y ansiando recibir de nuevo una orden de partida hacia la negra pared atravesada por billones de lucecitas, pared que nunca tenía fin. Y a su espalda continuaba sonriendo mefistofélicamente el judío.

Los minutos se transformaron en horas, las horas en días y cuando

varias unidades de este tiempo hubieron transcurrido, Emory seguía mirando por la lucerna, sin despegar los labios, en tanto que Blossom continuaba con su sonrisita sardónica, y Martínez iba y venia repasando continuamente los aparatos de control, sin dejar de canturrear por lo bajo.

El aterrizaje fue excelente, dadas las circunstancias. Pero Abner tuvo que hacerlo sin recibir ninguna indicación desde el suelo y sin tener siquiera un copiloto que vigilarse el radar. Preocupado por aterrizar lo más suavemente posible, tomó tierra veinte millas más allá del lugar escogido, pero no pudo evitar un fuerte choque, que le hizo soltar una interminable retahíla de maldiciones, deteniéndose la astronave envuelta en densas nubes de piedra y rocas pulverizadas, recobrando el judío su habitual sonrisa al ver que la espacionave recobraba el equilibrio después de oscilar peligrosamente a un lado y a otro, deteniéndose definitivamente en medio de rumorosos fragores que llegaban hasta el interior de la cabina de mando a pesar de su aislamiento.

Y Abner Blossom continuaba sonriendo lo mismo, una hora más tarde, frotándose la dolorida mandíbula, en uno de cuyos lados comenzaba a aparecer un trozo violado, indicador del hematoma procedente del impacto del puño de Emory Winton que, volviéndole la espalda, había caminado medio centenar de metros, dirigiéndose hasta una pequeña elevación de aquella profundísima barranca, con verticales paredes de más de dos kilómetros de altura que parecían unirse allá donde concluían, formando un estrecho callejón que limitaba el horizonte visible en el que, sobre las demás, refulgía una estrella, en la que estaban clavados fijamente los ojos de Emory que, cruzado de brazos, vuelto de espaldas a quien lo había traído hasta el planetoide Eros, en aquellos momentos a menos de setenta millones de kilómetros de la Tierra.

Abner Blossom continuó frotándose la barbilla, riéndose silenciosamente, recordando su hábil argucia para sacar de la Tierra al nombre que necesitaba para llevar a buen fin sus planes. Todavía se veía a si mismo, junto a “Bronco” Charlie, al otro lado del cual se hallaba Martínez, saboreando indiferentemente su vaso de tequila. Y Charlie había tragado saliva, mirando a un lado y otro del en aquellos instantes desierto "Space Bar", sin otro personaje en el interior del local que el camarero, al otro lado de la barra, muy ocupado en limpiar la vajilla usada.

— Nada de eso, Abner. Sería muy peligroso para mí.

— ¿Peligroso? ¿Quién, como tú, es capaz de manejar una atomizadora fulminando a un hombre en una décima de segundo? ¿Quién sino tú sería capaz de enfrentarse con Emory Winton?”

— No vendrá. Tiene prohibido sacar un arma. Cesaría automáticamente la suspensión de la condena de prisión perpetua y el lo sabe muy bien.”

— Es claro que lo sabe, "Bronco”, pero tú puedes hacer que él quebrante la prohibición. Y de esa forma tu venganza es segura. Doblemente segura. O lo matas, o lo meten entre cuatro paredes para el resto de su vida. Y el alma de tu padre quedará tranquilamente y cesara de pedirte venganza por las noches en cuanto apagas la luz de tu dormitorio.

— NO, replicó tozudamente Charlie. Es lo que más deseo en este mundo. Matar al que mató a mi padre a traición, sin darle una oportunidad para defenderse, pero si lo hiciera me lincharían. No tendría siquiera la esperanza de un juicio imparcial. Y aprecio sumamente mi pellejo. ¿Por que no le encarga el trabajito a Martínez?

— Porque sólo se usar el cuchillo”, replicó calmosamente el aludido. "Yo también tengo una cuenta que ajustar con ese tipo, pero no tengo pistola y además no puedo compararme con Winton en cuestión de apretar el gatillo.

— ¿Y usted, Blossom?, se dirigió el mestizo al hombrecillo que tenía ante sí.

— ¡Por los setecientos planetoides, "Bronco”! ¿Es que no me has mirado bien? Emory Winton pasa a mi lado y el aire que desplaza es suficiente para derribarme. Tú eres el único capaz de liquidarlo.

— Quisiera saber qué ventajas podría obtener de la muerte de ese traidor, inquirió el mestizo cautamente.

— ¡Oro!, replicó solemnemente Blossom.

— ¿Oro?

— Sí. Todo el que quieras. No creas que te engaño. Toma, y los ojos de Charlie destellaron codiciosamente al ver la pequeña y áurea figurilla, cuyo resplandor pareció aumentar las luces del interior del bar. "Quédatela. Es tuya. De cualquier forma te han de dar cinco o seis mil dólares por ella. Yo no la quiero.”

La mente de Charlie ya estaba harto nublada por los vapores de la ginebra que consumía ávidamente para no vacilar ante aquella tentadora oferta. Cinco mil dólares prometían dar mucho de sí. Se podían hacer muchas cosas en el 2.255 con tantísimo dinero. Y Blosson volvió a la carga, viendo que la fortaleza estaba a punto de rendirse, dando el asalto final:

— Mira, "Bronco", Martínez y yo estaremos en el "Magnus Hotel. Tenemos alquilada una habitación del primer piso. Justo enfrente del lugar que os batiréis. Un rifle atomizador como la pistola que llevarás tú, y con un solo disparo, hecho en el mismo momento en que inicies la acción de apretar el gatillo, Emory Wihton se llevara su merecido...", y luego, para remachar el clavo, Blossom simuló enjugarse una lágrima. "Y así mi pobre hermana, la infeliz Estrella Blossom, la más hermosa de todas las mujeres del sistema planetario, será vengada. Su honor quedara a salvo con la muerte del hombre que destrozó su amantísimo corazón.

— ¡Canalla!, barbotó Charlie que en el fondo no dejaba de ser un sentimental, vencido totalmente. Primero mi padre. Luego su hermana, Abner. ¡Estoy de acuerdo con usted!

Si Blossom no había saltado de alegría, lo hizo en su interior. Exteriormente se limitó a apretar fuertemente la mano del mestizo.

— Gracias, Charlie, gracias. Sabía que podía contar contigo. Iremos a la emisora y haremos que transmitan tu desafío. De esa forma Winton no podrá escabullir el bulto y morirá. O por lo menos se pudrirá en la cárcel. Seguro que si salva el pellejo lo envían a la Penitenciaría de Plutón, en los confines del sistema. No quisiera estar en su pellejo de ninguna de las dos formás.

Blossom rió silenciosamente, diciéndose que lo que quería haber dicho era que no deseaba hallarse en la piel de Charlie. Y todavía seguía riéndose semanas más tarde, sentado ante una pequeña hoguera. Eros era un planeta inexplicablemente dotado de una pequeña capa atmosférica, pero de poco calor, en tanto que el hombre a quien había sacado de su pacífica vida, continuaba en su estática postura, a cincuenta metros de él, contemplando nostálgicamente el puntito luminoso que era la Tierra, a casi setenta millones de kilómetros de distancia. Blossom no perdonaba una injuria, pero ahora le convenía olvidar el directo que había recibido en el mentón cuando, después del aterrizaje, enterara a Winton de su plan.

Éste podría estar furioso ante la estratagema del hebreo, pero ya no

podía volverse atrás. A estas horas, todas las patrullas de la Policía del Espacio estaban alerta y Emory Winton era sobradamente conocido para que hiciera falta circular su descripción en los boletines televisados y luego fotografiados para su archivo en el de las espacionaves de patrulla.

Emory crispó los puños al pensar en esto. Cierto que su vida estaba allí, en el espacio infinito, pero también era cierto que le hubiera gustado vivir libremente, sin la constante pesadilla de encontrarse algún día con una nave policial que soltara sin previo aviso una descarga que lo convertiría en polvillo cósmico antes siquiera de enterarse. No era muy atractiva la vida que Se le prometía al lado de la hipermillonaria hija de Jeffries Purwance, el "Rey de la Magnesita", como vulgarmente se le conocía, pero pensó si no sería preferible una vida tranquila, vegetativa, sin grandes apetencias, pero también sin ningún sobresalto, dedicado a engordar y tener media docena de hijos que heredasen el inmensísimo caudal de los Purwance. No había cumplido los treinta y dos años y pensó que quizá hubiera sido la mejor solución: dejarse insultar por aquel mestizo que ya no sería ni siquiera un montoncito de carne y vivir plácidamente al lado de una mujer que lo quería intensamente. ¿A él o a su nombre? Lo mismo daba. Ahora era un proscrito, un vagabundo de las estrellas, más si antes lo había sido fue en cumplimiento de un deber. Ahora. lo era huyendo de quienes cumplían precisamente con ese deber.

Giró sobre sus talones y, volviendo la espalda a la Tierra, descendió de aquel montículo, dirigiéndose hacia la hoguera en la que se hallaba Blossom, poniendo al fuego un pote con café. El aroma de este le llegó a la pituitaria y súbitamente sintió el deseo de hallarse junto al fuego, con un recipiente de lata en la mano, lleno de la aromática bebida y un pitillo en la otra. Se sentó al lado del otro, sin percatarse que éste, con el rabillo del ojo, no perdía ni una sola de las contracciones musculares de su rostro y tomó uno de los potes, alargándolo en muda demanda.

Todavía pasó un buen rato y Blossom continuó hurgando de vez en cuando en la hoguera, indiferente al parecer, pero frenético en su interior porque su compañero le dirigiera la palabra. Y aún hubo de fumarse éste otro cigarrillo antes de despegar los labios.

— Bueno, viejo Abraham, ¿qué hay de ese oro?

Blossom simuló indiferencia y contuvo el salto que estuvo a punto de dar y que, por la escasísima gravedad del planetoide, lo hubiera elevado a ochenta o cien metros del lugar en que se encontraba.

Murmuró:

— ¡Bah! ¿Para que hablar de una cosa que es imposible, Wlnton? No podremos llegar hasta allí. O mejor dicho, llegar hasta la cámara del tesoro propiamente dicha. Al 2.012 es fácil ir.

— ¿Al 2.012? ¿A "Astarté"?

— Usted lo ha dicho, Winton. Pero allí hay esto —y sacó de nuevo la famosa estatuilla, sustraída hábilmente del cadáver de Charlie al pasar junto a éste, en dirección al reactor policial—. ¿Esto? —se echó a reír suavemente—. Miles y miles de toneladas de oro tienen allí, en los sótanos del palacio, llenándose de polvo. ¡ES una vergüenza! —remató, con aire ofendido Blossom.

— Pero en Astarté gobierna la reina Melphys. Está protegida por la Federación del Sistema.

— Bueno, y a nosotros, ¿qué nos importa? —fue la desconcertante respuesta de Blossom—. Nadie nos dirá nada. ¿O es que no sabe que la entrada y la salida en 2.012 son absolutamente libres? Que nadie mira los equipajes de los viajeros siderales ni los departamentos de sus astroeohetes. Andaremos por Astarteia, la capital, como por Magnecity. Lo más difícil será apoderarnos del Oro, pero para eso le he traído a usted aquí.

Por primera vez desde que habían salido de la Tierra, los labios de Winton se curvaron en una pálida sonrisa:

— ¡Buena jugada me hizo usted, Blossom! —dijo—. No se si agradecérsela o retorcerle el pescuezo como si fuera una gallina.

— Agradézcamela. Ahora estaría unido de por vida a esa tonta de Edna, que no sabe hablar otra cosa que de sus hipermillones, en lugar de andar por el espacio, que es lo que necesita usted, capitán Winton —dijo Adner, dándole a su interlocutor su antiguos título.

— Pero en Astarté me detendrán lo mismo —objeto Emory.

— ¿Olvida usted, capitán —insistía Blossom en la palabreja—que en 2.012 no rigen las leyes de extradición como en el resto de los demás planetas de la Federación? Allí, Melphys hace y deshace a su antojo. Ese fue el punto que más se discutió al tratar de la firma del Pacto. Nadie le molestará a usted.

— Esta bien. Y, llevada a buen fin la empresa, ¿qué hago yo después?

— ¿Qué hace un hombre cargado de oro? Sera usted rico para el resto de su vida. Rico y libre. Nadie le molestará en Astarteia y, ¿quién sabe? Melphys está soltera todavía y guapa lo es un rato.

— Tres somos pocos, Blossom. Necesitaremos algunos más.

— ¿Cree usted que no pienso en todo, capitán? Si no me engañan mis cálculos, dentro de muy poco llegarán unos amigos míos, gente de trueno, a quienes les encantan esta clase de aventuras. Hombres de pelo en pecho, que no se asustan por pistola más o menos.

— En Astarteia no usan armas. Visibles al menos. Pudieran pedir socorro a la capital de la Federación.

— Para cuando ocurra eso, sí es que ocurre, nosotros nos habremos largado ya con el botín. No creo que la espacionave pueda con el oro que cargaremos.

— Es usted muy optimista, Blossom.

Que Winton tenía razón se lo demostraron las palabras que pronuncio el mejicano, cuando apareció súbitamente, bajando del interior de la astronave.

— Ya te dije yo que estos cohetes anticuados, de una sola tobera impulsora, con control fraccional en torno al diafragma, usando gasolina y aire líquido en lugar de combustible isotópico, eran unos cascajos. Si me hubieras hecho caso, maldito judío, hubieras vendido esa condenada estatuilla y con lo que te hubieran dado por ella podríamos haber cambiado totalmente los sistemás de impulsión. Ahora el tubo principal esta agrietado y no podremos remontarnos ni veinte kilómetros. Estallaremos antes de que nos demos cuenta.

Pero ante el asombro de Martínez, su compañero de trapacerías permaneció absolutamente indiferente ante la desagradable noticia.

— Eso no tiene nada de particular, Martínez.

— ¿Escucha usted lo que dice, Winton? Nada de particular. Palabra de José Joaquín Martínez de Arenaza y Olózaga que este tipo es el más fresco que me he echado a la cara desde que nací. ¿Sabe como hemos venido? —continuaba dirigiéndose a Emory, que lo contemplaba curiosamente divertido—. Sin detector de meteoritos. ¿Se da cuenta? Y todo porque este digno hijo de Absalón no se quiso gastar lo indispensable en un elemento tan útil en una espacionave como la tobera de escape.

— Basta ya, Martínez —corto suave, pero imperativamente Emory y giró su faz hacia el trapacero Blossom—. ¿Por que dice usted que no le

importa que ese cascajo esté inútil?

— ¿Cómo cree que van a venir mis amigos? ¿A pie? Pero... ¡Mírelos! ¡Ya llegan!

Extendió su índice en la dirección de la Tierra y los tres pudieron apreciar claramente el rojizo puntito luminoso de un cohete que se disponía a decelerar. Blossom se froto las manos:

— ¡Ah! ¡Ya decía yo que Sol Howery no dejaría un amigo en la estacada! Ahí está y tan seguro como que nos hallamos en Eros como que trae una tripulación de escogidos amigos que nos serán de gran utilidad. Ya los vera usted, capitán, ya los vera.

Los amigos de Abner podrían ser escogidos como a tales, pero nunca como pilotos espaciales, porque el aterrizaje fue de los más chapuceros que Emory recordaba haber presenciado en su vida. El aparato tomó tierra con demasiado impulso, de un modo oblicuo, y el incapaz piloto cortó además, antes de tiempo, la conducción de energía a los escapes laterales que regulaban la estabilidad, con lo que el largo tubo, terminado en cónica punta, vaciló unos instantes, bamboleándose de un lado a otro, antes de caer al suelo, rodando unos cien metros, dando tumbos espantosos por las arriscadas pendientes del cañón, antes de detenerse, con un fragor espantoso, en medio de una nube de humo y polvo que lo oculto durante unos minutos hasta que por fin se aclaró la escena.

— ¡Cielo Santo! —exclamó Abner, mesándose con desesperación los ralos cabellos—. ¿En que habrá pensado ese idiota de Sol? ¡Se habrán matado todos!

Afortunadamente, los temores de Blossom no se cumplieron. Los ocupantes de la abollada nave del espacio, sujetos sólidamente a sus literas por las correas, no habían sufrido ningún daño, aparte de algunas magulladuras, y pronto estuvieron en disposición de escuchar atentamente los planes de Abner, que ya no pensaba en que estaba anclado en Eros definitivamente, sin ningún medio de transporte que los sacara de aquella difícil situación.

— Todo eso esta muy bien —dijo Sol Howery—. Conforme con tus planes, compañero. Conforme con el porcentaje de la repartición del botín. Ahora dime cómo salimos de aquí...

— Martínez es un buen mecánico y creo que con los restos de tu aparato podrá reparar el nuestro. Por lo menos hasta llegar a Astarté. Después... no creo que nos sea difícil apoderarnos de uno de los de la

reina Melphys.

— ¡Hum! —másculló dubitativo Sol—. ¿Vas a ser tú el "mandamás” de la expedición?

— No —dijo la serena y grave voz de Emory, lo que hizo que todos los rostros se volvieran hacia él—· Aquí todo el mundo obedecerá mis órdenes. Sin replicar.

— Poco a poco, amiguete. ¿Te has creído que estás aún en la Policía del Espacio? Aquí no eres más que yo y si crees que...

Emory se puso en pie despaciosamente, acercándose a Sol. Cinco minutos después, había un cuerpo tendido en el suelo, gimiendo y tanteándose con cuidado la dentadura, removida en sus alvéolos, sin que el propietario de aquellas piezas dentarias tuviera, como sus compañeros, la menor duda acerca de quien iba a comandar la expedición. Pero Martínez se encargó de echar un nuevo jarro de agua fría sobre la pandilla, excepto en Emory, a quien aquello, salvo por la excitación de la aventura, le traía sin cuidado.

— Me parece que eso de recomponer la "trastonave" va para largo. ¿Cómo andamos de víveres?

CAPÍTULO III

— Señorita Allison, el enviado especial de la "Planetarium News" insiste en verle.

— Dígale que... —Arabel iba a decir que se fuera al diablo el inoportuno periodista, pero se contuvo. El lenguaje no hubiera sido muy propio de su educación y categoría. Se limitó a responder—: No tengo nada que añadir a mis anteriores declaraciones. —Y cortó la conexión bruscamente.

Después, Arabel Allison se levantó tras la mesa donde estaba sentada, hacia rato, y se acerco a la ventana de su despacho, amplísima abertura desde la que dominaba gran parte de los minúsculos asteroides que componían las “Explotaciones Doble A”, de molibdeno y zirconio, propiedad suya. La concesión se extendía en un área de

varios millones de kilómetros en torno al planetoide Eos, el mayor de la serie de veinticinco asteroides que componía su familia, a unos cuatrocientos cincuenta millones de distancia del Sol. Pero no solamente componían las explotaciones los veinticinco cuerpos celestes, sino varios centenares de ellos más, con tamaños que variaban entre los cinco y los cincuenta metros de diámetro, y en los que, los mineros del espacio se afanaban constantemente con sus perforadoras y excavadoras movidas por energía nuclear, extrayendo de ellos los preciosos metales que ya empezaban a escasear en el planeta Tierra.

Y Arabel Allison estaba preocupada. Harto preocupada por la actitud de sus obreros que reclamaban más tiempo de vacaciones que las que tenían concedidas y algunas de sus secciones estaban paradas, lo cual se veía claramente en el gran tablero de control que tenía en la pared que había a su espalda, en el que las semiesferas apagadas, cada una de las cuales indicaba un planetoide o asteroide objeto de explotación, eran tan numerosas como las iluminadas de color verde, color que persistía en tanto se trabajaba.

Alguien entró en la habitación sin pedir permiso, y, silenciosamente, sin pronunciar palabra, se colocó al lado de Arabel, contemplando junto con ella el desolado panorama de Eos. La pequeñez de este astro hacía que no fuera rigurosamente esférico, lo cual se advertía a Simple vista. Por compensación, el aspecto era de horrible desolación. Altas cumbres, cubiertas casi siempre de hielo, descendiendo verticales durante miles de metros, profundísimás gargantas, amontonamientos colosales de rocas, todo ello indicaba bien a las claras las formidables convulsiones que siguieran a la explosión que fragmentara el originario astro en multitud de corpúsculos menores flotando en el espacio.

Arabel Allison no se movió al notar que alguien había entrado en su despacho. Conocía sobradamente al viejo capataz Tim O'Ready, el único que se permitía contradecirla y aún reprenderla con una aspereza que ella no hubiera tolerado de ninguna otra persona. Se limitó, pues, a interrogar, sin volver la cabeza, con las manos detrás:

— ¿Qué hay Tim?

— ¿Por qué eres más terca que una mula vieja, Arabel?

Cualquier otro que no hubiera sido el capataz, a quien se le seguía denominando de esta forma, cuando en realidad era un ingeniero de minas siderales de lo mejorcito en su especie, no se hubiera atrevido a

insultar a la propietaria de aquella manera. Pero O'Ready había sido compañero, guía y mentor de su padre y podía permitirse el lujo de hablar de aquella manera y aún peor, sin que Arabel le contradijera.

— No tengo por que concederles las vacaciones que piden, Tim, y tú lo sabes muy bien. Estoy dentro de la ley y mientras siga así, nadie me podrá reprochar nada. Son todos un hatajo de vagos que no piensan más que en malgastar el dinero que ganan aquí. Dime, Tim O'Ready, ¿en qué mina sideral pagan los sueldos que pago yo? Veinte dólares semanales. Ochenta al mes. El Secretario de EXplotaciones y Recursos del Espacio cobra ciento diez. ¿Es que se ha creído esa cuadrilla de vagos que es bastante manejar una perforadora o una pala nuclear para suponerse unos semidioses intocables? No. No accederá a sus pretensiones.

— ¡Arabel! —gruñó el otro—. ¡No sabes lo que estas diciendo! Lárgate a la Tierra y pásate una buena temporada de diversión allí.

— ¡No me hace falta!

Tim cogió a la muchacha por los hombros y la hizo volverse hacia él, a su pesar:

— ¡Escucha, cabeza dura! Quítate esas ropas de hombre. Vístete como una mujer y luce ese tipo y esa cara, capaces de volver locos a todos los hombres del sistema. Te estas convirtiendo en una solterona y...

— ¿Solterona? —protestó indignada Arabel—. ¡A mis veintisiete años!

— Veintisiete años perdidos. Déjame a mi al frente de todo esto. Vete a la Tierra y diviértete un año, dos, los que quieres. En vez de recordar que heredaste el trabajo, recuerda que heredaste también unos cuantos millones. Gástalos, pero sal de aquí.

— Ahora no puedo. Pensarían que tengo miedo.

— Que piensen lo que quieran. YO arreglaré esto. Dame plenos poderes y veras como contento a la gente.

— Sí. Concediéndoles lo que piden es fácil, Tim O'Ready.

— Harto sabes que el trabajo es duro.

— También lo saben ellos. Y nadie viene aquí a la fuerza.

— Está bien, hija. —O'Ready dejó caer las manos a lo largo del

cuerpo, desalentado—. Pero cuando empiecen a destruir las instalaciones mineras, cosa que, según mis informes, no va a tardar mucho en suceder, lamentaras no haber seguido mis consejos.

— No me digas que es lo que tengo que hacer.

— —No te diré nada más, Arabel. ¡Allá te...!

O’Ready no pudo acabar la frase. Sonó un zumbido en el intercomunicador y, en dos zancadas el capataz se acercó, conectando y haciendo que en la pequeña pantalla apareciera la imagen de la secretaria.

— ¿Qué ocurre, Mary?

— Una perforadora que se ha reventado en el asteroide 38¯B9.

— ¿Víctimás?

— Parece que sí —replicó escuetamente la chica.

O’Ready soltó una maldición:

— ¡Esto es lo que nos faltaba! Gracias, Mary. Dé las ordenes para que el equipo médico vaya al quirófano. Que preparen los descontaminadores.

Se volvió hacia Arabel, que lo contemplaba ansiosamente.

— Verás cómo los revoltosos se van a aprovechar de este desgraciado incidente. Lo tomaran como pretexto, y organizaran una buena.

Que Tim O'Ready tenía razón lo demostró media hora más tarde, una multitud de hombres, todos ellos equipados con trajes de presión, que salieron al encuentro del pequeño disco espacial, que, procedente del asteroide donde había ocurrido el accidente, llego al reducido astropuerto que había en una explanada construida artificialmente frente a las edificaciones que albergaban las oficinas y alojamientos de las "Explotaciones Doble A". Arabel y su fiel empleado, equipados al igual que el resto de los hombres, atravesaron las compactas filas de las que, por medio de los transmisores individuales que todo el mundo tenía conectado, salían rumores en manera alguna tranquilizadores. Más de un silbido se oyó a su paso, pero por el momento no ocurrió nada más.

En la antesala del quirófano, sobre unas camillas había varios hombres. Algunos de ellos no se movían. Y no se movían por la sencilla razón de que no eran más que una mása carbonizada con leve aspecto humano. Otros se retorcían presos de agudísimos dolores, atravesados sus cuerpos por la ingente cantidad de radiaciones que habían tenido que soportar cuando la perforadora había hecho explosión, para cuyas radiaciones, los trajes siderales no resultaban lo suficientemente protectores.

El equipo de socorro iba y venia afanosamente, tratando de calmar los agudísimos dolores que sufrían los heridos, algunos de los cuales lo eran por algo más que por radiaciones. Trozos de la máquina reventada los hablan alcanzado, causándoles enormes destrozos en su organismo, segando miembros, destrozando huesos, músculos y tendones, perforando vasos y arterias y convirtiendo la antesala del quirófano en un espectáculo dantesco en el que ponían sus rojas notas los charcos de sangre que manchaban casi todo el suelo.

Arabel, que no Se había quitado el traje de presión, percibió claramente, a través de su transceptor, los lamentos y aullidos de dolor de los heridos a quienes la morfina no era suficiente para calmar. Cogió un brazo blanco, inquiriendo a su propietario:

— ¿Cómo va eso, doctor?

— Mal. No creo que se salve ninguno. Los que no han sido lesionados tienen el cuerpo saturado de radioactividad. Fíjese en los contadores Geiger —y le indicó los que manejaban los enfermeros cuya luz titilaba incesantemente— y en los heridos, pues, o sus lesiones son mortales o las radiaciones han penetrado directamente a través de la carne abierta hasta la sangre, destruyendo los glóbulos rojos. Mal asunto —continuó el médico moviendo la cabeza apesadumbrado, dando órdenes para que otra camilla fuera introducida en la sala de operaciones y adentrándose tras ella.

Arabel miro a O'Ready y este hizo una mueca.

— Mal asunto. Mal asunto ——repitió, y no había acabado de decirlo cuando la puerta se abrió y media docena de hombres, en actitud levantisca se planto delante de la mujer.

Uno de ellos parecía ser el jefe. Y sus palabras no tenían el menor rastro de cortesía.

— ¡Ya estará usted satisfecha, Arabel Allison! Esos hombres que han muerto o van a morir eran del turno al que le hubiera correspondido salir de vacaciones, si usted hubiera atendido nuestra petición. Pero sólo esta satisfecha cuando ve sangre. Usted y todos los de su ralea.

El espíritu de ella se sublevó ante la injusta acusación.

— Estoy dentro de la ley y ustedes lo saben mejor que nadie. Un año aquí y seis meses pagados en la Tierra. No puedo reprocharme de nada.

— Y del reventón de la perforadora, ¿quién tiene la culpa?

Arabel comprendió instantáneamente que los revoltosos harían bandera de un hecho completamente fortuito.

— No tengo la culpa de que quisieran aumentar la prima de extracción y dieran más volumen al control de potencia. ¿Que esperaban? Harto saben que pasando de ciento setenta y cinco grados es peligroso y la máquina puede reventar en cualquier momento. La codicia los cegó y...

— ¿La codicia? ¿O el hecho de que usted quiera hincharse de dinero a costa nuestra y no le haya dado la gana de gastarse esos millones que atesora en renovar el material de extracción?

El rubor ascendió bruscamente hasta la raíz de los negrísimos cabellos de la mujer.

— ¡Eso no es cierto! —protestó Arabel con energía—. El material es del último modelo y ustedes lo saben tan bien como yo.

— ¡Mentira! Por ahorrarse unos centenares de dólares es capaz de comprar perforadoras nucleares sin la garantía del Ministerio correspondiente. Usadas ya, gastados los tubos reactores, quemado el metal. ¡Claro! Puede adquirir una vieja a precio de saldo, ¿para qué se va a molestar en rascarse el bolsillo? ¡Atesorar, atesorar! ¡Dinero, dinero, eso es lo que a usted le interesa, Arabel Allison! Las vidas de sus hombres no le importan lo más mínimo. Pagara la Compañía de Seguros y usted a seguir viviendo a costa de nuestra sangre.

— ¡John MacIntyre, no sabes lo que te dices! —se adelantó un paso el viejo O'Ready, pero el otro no le dejó hablar. Soltó una sarcástica carcajada.

— ¿Usted? ¡Usted también tiene intereses en esta explotación, Tim O’Ready! Usted tiene un buen puñado de acciones y por eso apoya a esa niña presuntuosa. ¿Y dice que Se llama amigo nuestro?

— Y lo soy. Pero hablando con razón, no desbarrando como vosotros.

— Decimos la verdad. Y ahora nuestros compañeros se van a enterar de lo que ha ocurrido. De que una docena o más de los nuestros han muerto porque el material era deficiente, porque no tenían que estar en el asteroide, sino camino de la Tierra para disfrutar de sus bien ganadas vacaciones. Ahora... ¡un montón de rocas encima de sus cuerpos es todo lo que les queda! ¡Vámonos, muchachos! —y el revoltoso dio media vuelta seguido de los hombres que le habían acompañado, mirando luego en torno suyo despectivamente, con una sonrisa que puso escalofríos de espanto en el cuerpo de Arabel—. Usted no querrá concedernos lo que lo pedimos, pero nos lo tomaremos nosotros. Va a ver qué bonito queda todo esto dentro de cinco minutos.

— ¡MacIntyre! Si levantan un solo dedo, llamaré a la policía sideral. Una huelga de esta Índole lleva aparejada, usted lo sabe bien, una condena de cinco años en el penal de Plutón. Y no es nada agradable la vida allí. No arrastre a sus compañeros a una aventura a la que no quieren ir quizá.

— ¡La policía sideral! —repitió el jefe de los revoltosos con desprecio infinito—. Antes de que tengan tiempo de saber nada, de todo lo que

hay aquí, no quedará piedra sobre piedra. ¡Vámonos!

Desapareció el grupo de levantiscos y O'Ready trató de convencer a Arabel.

— ¡Concédeles lo que piden, muchacha! Mira que este accidente ha venido a colmar el vaso.

— ¡No! —y la negación era categórica—. Tengo mi conciencia tranquila y no cederé un ápice en mis derechos.

Súbitamente hasta los oídos de los dos llegó el rumor de la multitud, semejante al del mar cuando empieza a encresparse. MacIntyre debía haberles hablado de lo que ocurría, porque, a través de las antenas de los transmisores les llegó a los oídos un rumor de gritos, amenazas y maldiciones en confusa mezcolanza, pero distinguiéndose claramente que el griterío era de airada cólera. Y Arabel, instintivamente, sorteando las camillas, se acercó al amplio ventanal de la antesala del quirófano, pero más le hubiera valido no hacerlo.

John MacIntyre estaba hablando a los tres o cuatrocientos obreros que en aquellos momentos estaban francos del trabajo y que a la aparición de su femenino patrón en la ventana prorrumpieron en gritos y denuestos contra ella, alzándose muchos puños cerrados en mímica y significativa venganza.

Y de repente saltó la chispa. Fue pequeña, pero suficiente, sin embargo, para provocar el incendio. Un revoltoso se inclinó al suelo y tomó de él un trozo de roca —el hospital daba a una parte de Eos, que no había sido allanada—, y la piedra voló hacia el cristal, chocando con argentino sonido. E inmediatamente una lluvia de fragmentos de roca, en espesa nube, hendió el aire, estrellándose contra la transparente mampara.

— ¡No! ¡No! —gritó Arabel, dándose cuenta del peligro que aquella acción suponía—: ¡Hay heridos aquí sin protección! ¡Los medicos...!

El doctor jefe Salió del quirófano, alarmado ante el estrépito de las piedras golpeando el cristal. Inmediatamente, al ver que el vidrio comenzaba, a pesar de su espesor, a resquebrajarse por algunos sitios, se dio cuenta instantánea del peligro que representaba si la pared de cristal era perforada, e intentó volver a la sala de operaciones, para cerrar herméticamente su puerta e intentar salvar así su vida. No lo consiguió.

Alguien, algún hércules sin duda, excitado como el resto de sus

compañeros, había cogido un trozo de roca, enorme, pesadísimo aun con la escasa gravitación del planetoide y lo habla hecho atravesar el espacio. La mása se estrelló con terrible estrépito contra el vidrio que, ya resentido, concluyó por abrirse como una madura, dejando escapar instantáneamente el aire que salió silbando al vacío sideral, convirtiéndose en una nube blanquecina, en tanto que di horrorizado médico se llevaba las manos a la garganta en un vano intento de preservarse de la asfixia. Quiso caminar unos pasos, pero tropezó en un palo de una camilla y cayó al suelo, debatiéndose en los espasmos de la agonía. Y entonces, Arabel y su fiel capataz, presenciaron un cuadro de imborrable espanto.

Los heridos, dándose cuenta de que se quedaban sin aire, trataban de incorporarse en sus camillas, a pesar de los destrozos que habían sufrido sus cuerpos, para caer al momento hacia atrás, congelados en un segundo por el tremendo frío de los espacios que habían penetrado en la habitación.

Un par de enfermeras y ayudantes salieron del quirófano, agitándose en su ya instintiva lucha contra

el frío y la falta de atmósfera, cayendo al suelo y quedando convertidos en estatuas de hielo.

Arabel contempló, aterrorizada por primera vez en su vida, el más que dantesco cuadro que se le ofrecía a su vista. Permaneció así, como extática, sin reparar en las piedras que, ya sin el obstáculo del vidrio, entraban continuamente en la estancia, hasta que algo la sacó de su aturdimiento. Una mano que la asió por el brazo, arrastrándola sin que ella opusiera la menor resistencia.

— ¡Vámonos! —másculló O'Ready—: ¡Ya ha llegado lo que yo me temía! Esos sinvergüenzas estarán aquí dentro de un minuto y no garantizo que otro minuto después sigamos enteros.

Arabel se dejó llevar. Cruzaron el quirófano, lleno de cuerpos congelados de los médicos, sanitarios y el hombre que estaba tendido en la mesa de operaciones, y salieron por la puerta opuesta.

Descendieron unas escaleras y luego corrieron por un pasillo subterráneo, comprendiendo ella lo que trataba de hacer su fiel amigo. Salvarla. Salvarla de aquella turba de sublevados que, perdido ya el control de si mismos, sólo pensaban en la destrucción y en la muerte.

El cobertizo donde estaba el espacioyate particular de Arabel se hallaba al descubierto. Para ello tuvieron que salvar un espacio de

unos centenares de metros, cosa que hicieron rapidísimamente, dando enormes saltos, facilitada su acción por la escasa gravitación del planetoide, pero en el momento en que ya tenían la puerta del hangar a su alcance, un ruido llegó hasta sus oídos. Habían sido descubiertos por un grupo de sublevados, que corrían hacia ellos con no muy buenas intenciones.

— ¡Allá van! ¡Tratan de escaparse!

— ¡No los dejéis! ¡Malditos!

— ¡Que mueran! ¡Que paguen con sus vidas las de nuestros compañeros!

O'Ready se volvió, en tanto que Arabel, comprendiendo el gravísimo peligro en que se hallaban, forcejeaba con la puerta. El hombre era ya viejo y no le asustaba la muerte, pero temió por la suerte de aquella mujer a la que quería como si fuera hija propia.

— ¿Qué te pasa, Arabel?

— No tengo a mano la llave fotoeléctrica y la cerradura se me resiste, Tim.

— Aparta. Déjame a mí. Menos mal que yo soy hombre prevenido.

O'Ready sacó un arma que había cogido a su paso por el puesto de control y disparó. Una pequeña bola verdosa brillo un instante y al desaparecer se vio un orificio circular, de bordes negruzcos y retorcidos, de casi cincuenta centímetros de anchura en el lugar que un segundo antes habla ocupado la cerradura. La puerta se abrió fácilmente, en el mismo momento en que el hombre se dejaba caer exhalando un quejido, lo que hizo que Arabel se volviera apresuradamente.

— ¿Qué te Ocurre, Tim?

No hacia falta que preguntara lo que le había ocurrido a O'Ready. Cada vez estaban más próximos los revoltosos, avanzando con gigantescos saltos, y un impaciente había arrojado una piedra que alcanzó al capataz en la pierna.

— ¡Me... me la han roto! —gimió.

— ¡Un esfuerzo! ¡Haz un esfuerzo, Tim, por el amor de Dios! ¡Yo te ayudaré!

Intentó levantarse el herido, pero desistió.

— Anda. Déjame y lárgate de aquí. —Se incorporó sobre el codo y apuntando en dirección al grupo, esquivando primeramente otra piedra, disparo, haciendo que una nubecilla de humo verdeamarillento apareciera en el mismo lugar en que antes había ocupado uno de los perseguidores, que se detuvieron un instante, para continuar seguidamente.

— ¡Anda, Arabel…! —jadeó O'Ready—: ¡Yo… ya soy viejo! —volvió a disparar otra vez—: ¡Corre!

— ¡No! ¡Me iré contigo…!

— ¡No seas idiota, Arabel! Moriremos los dos y tú puedes salvarte. Tengo la pierna rota y no podré llegar a la Tierra en condiciones. ¡Malditos! —rugió, fulminando otro huelguista, deteniendo por un segundo el avance, que luego continuó implacable, en tanto que las piedras comenzaban a caer en espesa lluvia—: ¡Anda y lárgate, te digo, Arabel!

Dejo la mujer que las lágrimas se escaparan de sus ojos. Ella también apreciaba y quería al viejo ingeniero, que se había sacrificado tanto por la hija de su amigo y por sus explotaciones, y le dolía dejarlo allí abandonado, a merced de aquellos bárbaros, que se ensañarían con él, hasta convertirlo en una mása irreconocible y sanguinolenta. Pero una pedrada que la alcanzó en un hombro, medio derribándola, acabo de convencerla.

Tim O'Ready no murió linchado por los revoltosos. En el momento en que éstos se arrojaban sobre él, los motores del espacioyate de Arabel rugieron, soltando blanquísimos chorros de llamas, una parte de las cuales, saliendo por la puerta, abrasaron al capataz y a una docena, de hombres que se disponían a matarlo, en tanto que los demás, sufriendo espantosas quemaduras, a pesar de la protección de sus trajes de vacío, se revolcaban, lanzando espantosos aullidos de dolor, por el pedregoso suelo.

Y treinta segundos después, el aparato en que viajaba la desposeída propietaria de las minas Siderales, era solo un puntito luminoso en el espacio.

CAPÍTULO IV

"...Las últimás noticias recibidas del planeta Eos, donde nuestro enviado especial se hallaba casualmente para entrevistar a la propietaria de las "Explotaciones Doble A", Arabel Allison, indican que han ocurrido graves y sangrientos desórdenes. Los trabajadores habían solicitado un aumento de dos meses en el período de vacaciones, a lo que la señorita Allison se había negado, ocurriendo entonces la explosión de una perforadora, que mató e hirió a varios mineros, con lo que los ánimos de los revoltosos acabaron de excitarse, conduciéndose como una horda medieval de salvajes, arrasándolo todo a sangre y ruego. En el tumulto pereció O'Ready, ingeniero jefe. Las edificaciones han sufrido gravísimos daños. Todo el equipo médico pereció al escaparse el aire por una abertura producida por los sublevados. La Policía Sideral Se dirige hacia el Planetoide para imponer el orden..."

— ¡Monsergas! —gruñó despectivamente uno de los hombres que estaban calentándose al lado del fuego, escuchando el boletín de noticias de la "Planetarium News—: No estarán peor que nosotros, a un cuarto de ración. ¡Y ya llevamos dos semanas y sin trazas de que nuestra alimentación pueda mejorar!

"Las pesquisas para hallar al proscrito Emory Winton han sido infructuosas hasta el momento".

— ¡Cierra eso ya! —gruñó el aludido, de mal talante.

— ¿Por qué? —quiso saber el otro—: Estoy en mi perfecto derecho al escuchar las noticias que transmiten.

Emory se puso en pie y cerró sus nudillos. El otro, atemorizado, recordando la lluvia de golpes que recibiera Sol Howery a su llegada a Eros, se sintió prudente y cambió el programa. Cinco minutos después llegaban Martínez y Blossom, éste con una bolsa en la mano.

— ¡La comida, muchachos! —dijo alegremente.

Pero nadie rió. Todos los ojos se clavaron ansiosamente en las provisiones que traía al hebreo y que entregó a Winton.

— ¡Emory, tú eres el Jefe! Reparte.

Como de costumbre, desde que comenzó el estricto racionamiento de

los alimentos, reconocido Emory como el que mandaba, empezó este a repartir, y como de costumbre no faltaron las quejas de los descontentos, de los que si Martínez lo hacía por rutina, no eran ni con mucho, tan sinceras sus palabras como las de Howery y los suyos, eternamente gruñones ante lo exiguo de las raciones.

— ¿Cuánto piensas emplear en la reparación de ese cascarón? —rezongó alguien.

— Depende —replicó el mejicano, llena la boca con una de las tres pequeñas porciones de carne enlatada que le habían correspondido.

— Depende, ¿de qué? —dijo con cara de muy pocos amigos Howery.

— De las ganas que tenga de trabajar.

— Pues a ver si procuras sacar ánimos de cualquier parte, sangresucia.

Martinez sonrió de un modo especial, en tanto que se embuchaba el segundo bocado:

— Cualquier día de estos te demostraré que la sangre de un Martínez de Arenaza y Olózaga, es cien millones de veces más limpia que la de un hijo de limpiabotas y una corista.

— ¿Si?

— Sí —contestó imperturbable el mejicano—: Sacándote de un viaje las tripas al sol. ¡Así! —y el agudísimo cuchillo que tenía Martínez en la mano brilló durante una décima de segundo siniestramente, pasando a cortísima distancia de la garganta de Howery, que se echó hacia atrás más que apresuradamente.

— ¡Basta ya!— cortó Winton—. No quiero peleas en el equipo.

— ¡Yo no tengo la culpa...!

— Tú y Howery. Los dos. Y al primero que vuelva a cruzar una sola palabra ofensiva, lo tumbaré de de un disparo. Cuando hayamos salido de este atasco, podréis mataros a gusto.

— ¡Y qué gusto! ¡Hacer picadillo a ese bandido! —se estremeció voluptuosamente Martínez, entrecerrando los ojos, a pesan de lo cual lanzaron unos amenazadores destellos hacia su contrincante, ocupadísimo en concluir su comida.

Durante unos cuantos minutos todos permanecieron en silencio.

Luego, alguien, excitado por el hambre, gritó:

— ¡Tengo hambre! ¡Quiero más comida!

— ¡Cállate, Bell!. Todos tenemos hambre y lo soportamos —le reprendió Emory.

— Pero yo necesito más comida. Mi estómago me lo está pidiendo a gritos.

— ¡Cállate de una vez!

— ¡Déjalo que hable, Winton. Por lo menos eso le consuela —terció Howery.

Emory temía que si aquél seguía con sus gritos arrastraría a sus compañeros, a punto de enloquecer por la falta de alimentos, y se produjera un motín que concluiría con el asalto a la despensa.

— No quiero que hable más. Si tiene hambre, que se aguante, como los demás.

— Escucha, Winton. Te hemos reconocido como jefe. Pero recuerda que Hank Bell es de los míos y me obedece a mí.

— Y a tu vez, tú me debes obediencia. Recuerdalo, Howery.

— ¿Sí? ¿Olvidas que somos seis contra tres? O, ¿quién sabe si ocho contra uno? No te creas que porque ese cobista de Blossom te llame a veces capitán, tienes ese grado.

— Para vosotros debe ser suficiente con saber con que yo soy el que manda aquí. Capitán o civil, no deben ser discutidas mis órdenes. ¡No lo olvides!

Ahora era Hank Bell el que se aproximaba a Emory, con amenazador gesto:

— ¿Sí? ¿Tú eres el que manda? Y, ¿qué ocurriría Si me largase hasta la despensa y me hartase de comer?

— Prueba, sí eres capaz de hacerlo, Bell —replicó fríamente Emory, sin apenas mirarlo.

Bell estaba enloqueciendo por momentos. El hambre, retorciéndole cruelmente la víscera digestiva, le nublaba la razón y por ello contestó despectivamente:

— Lo que es Frank Bell no permanece ni un minuto más sin meterse al cuerpo una lata de carne. Lo mande quien lo mande y veremos a ver quién es el guapo que quiere impedírmelo. —Y dicho dio media vuelta, en dirección la la astronave, a pocos metros de distancia.

Todos los demás, con los rostros harto serios, miraron a Emory y éste vaciló durante unos segundos. Miro a Howery y vio que, dentro de su aparente gravedad, el bandido se estaba burlando de él interiormente, sin atreverse, no obstante, a animar al rebelde. En vista de ello se levantó despacio, llamando:

— ¡Bell! ¡Vuelve aquí!

— ¿Quién me lo manda? ¿Tú? Mi estómago es lo primero.

— No des un paso, Hank Bell, o tendrás que lamentarlo —. Pero el otro, ciego, obsesionado, no le hizo caso y continuó andando.

Algo que brillaba a los débiles rayos del Sol, mucho más pequeño visto allí que desde la Tierra, apareció en la mano derecha de Emory. Algo que hizo cortarse la respiración en los rostros de Howery y sus hombres, en tanto que Martínez contemplaba la escena indiferente, pero jugueteando con el cuchillo. El aspecto de Blossom era de curiosidad y de angustia al mismo tiempo. Si empezaban a matarse allí mismo, ¡adiós sus planes de riqueza!

— ¡Alto! —y la voz del jefe de la expedición sonó clara, imperativa, terminante.

Hank Bell se volvió y advirtió el "Colt” en la mano de Winton. Sonrió desdeñosamente:

— ¿Crees que con ese cachivache puedes hacerme algo?

— Prueba a dar un paso y lo veras.

Pero Bell no movió los pies. Lo que sí movió, con fulminante rapidez, fue la mano derecha, encaminándola hacia la funda de la atomizadora, que refulgió un instante, para escapársele al siguiente de los dedos, ya sin fuerzas para sostenerla. Y en aquel preciso momento, un chorro de humo y llamás había brotado del revólver de Emory, que detonó con menor estruendo a causa de la poca densidad de la capa atmosférica de Eros.

A1 lado de Bell había una cortadura de unos cien metros de profundidad. El cuerpo del muerto cayó, se detuvo unos instantes al borde de la misma y luego rodó arrastrando unas cuantas piedras y rocas, que resonaron lúgubremente.

Pero antes de que hubieran cesado los ruidos, Emory se habla vuelto hacia Howery y sus hombres, encañonándolos con decisión:

— ¿Estáis convencidos de quién es el que manda aquí?

El silencio más absoluto fue toda la respuesta que recibió. Volvió a hablar de nuevo:

— ¡Martinez, acércate por detrás y desármalos!

Sol Howery se levantó convulso, jadeando de ira:

— ¡Eso si que no lo permitiremos...!

— ¿Que no? —rió desdeñosamente Emory—: Soís cinco. Me quedan cinco cartuchos en el revólver. Tengo bastante.

Howery no era tonto. Pensó que la venganza le sabría más dulce cuanto más tiempo fuera diferida y arrojó despectivamente Su pistola atómica a los pies de Martínez, imitándole sus hombres.

* * *

Murray Calvin se trotó las manos satisfechísimo. Se las frotó "in mente", porque las tenía ocupadas en los mandos de su pequeña nave, con la que pirateaba a su antojo por los vastos espacios del sistema planetario, en unión de media docena de tipos tan mal encarados

como él y que obedecían ciegamente sus órdenes.

La inmensa mayoría de las espaciolíneas, fuera de ninguna de las cuales no podía viajar una astronave, so pena de ser destruida inmediatamente por la primera patrulla de la Policía Sideral que se la echase a la cara, sin preguntar los motivos de la desviación, estaban faltas de vigilancia. Asuntos más importantes que la regulación del trafico sidéreo o la persecución de unas cuantas naves de los "gangsters" del espacio, requerían la atención de todos los vigilantes, los cuales habían abandonado las misiones que tenían encomendadas para restablecer la alterada paz en EOS, todo lo cual había venido de perilla a Calvin y a su banda para salir en busca de la espaciolinea más concurrida, dispuestos a asaltar al primer aparato que Se les viniera a las manos.

Murray Calvin no se había atrevido a salir de aquel asteroide, en el cual, en el curso de su larga carrera de crímenes, había descubierto una enorme gruta que albergaba cómodamente su aparato, haciéndolo así inmune a los rayos detectores, rayos a los que no importaba nada que el número y la serie de fabricación estuvieran ocultos bajo otra capa de pintura que la original, porque dichas cifras estaban grabadas de un modo indeleble y en las pantallas policiales se reflejarían inexorablemente y de un modo inexorable también, hartos los agentes de saberse de memoria la descripción numérica de su nave, no les costaría mucho enviarle una descarga de rayos desintegrantes que lo convertirían en menos que humo en una décima de segundo.

Por eso, si antes, cuando el espacio se pobló de patrulleras siderales, que recorrían todas las líneas en busca del proscrito, había maldecido en abundancia, ahora Murray Calvin estaba más que contento. Se sabía a si mismo hábil piloto y tenía la seguridad de no tener que temer nada de una o dos naves enemigas. Enemigas eran para él todas las que trataban de imponer el orden en las rutas del Universo. Amigas lo eran las demás, porque le proporcionaban rico botín, aunque para ello tuviera que fulminar a sus ocupantes si le hacían la menor resistencia.

El "gangster” dio el máximo de energía a los tubos reactores que arrojaron cegadoras llamaradas al impulsar hacia adelante a la pequeña nave, comunicándola una arrolladora velocidad. Y en cuanto se halló en órbita libre, cosa fácil dado el reducido tamaño del asteroide, viró, describiendo un ángulo de casi 90°, pero de un radio de varios centenares de kilómetros, para evitar las funestas consecuencias de una excesiva intensidad de la fuerza centrífuga y se encaminó como un meteoro a la espaciolinea número cinco, la de la

Tierra a Júpiter, que, generalmente, era la más concurrida y en la que esperaba dar un par de golpes que le permitieran darse, junto con su panda, una temporada de buena vida en Astarteia.

Cien mil kilómetros por delante, viajaba una mujer. Una mujer sola, gobernando su yate sideral, pero todavía, a pesar de que hacía unas cuantas horas que habían desaparecido de delante de su retina las imágenes de horror que había presenciado, le parecía estar viéndolas aún, y de vez en cuando alguna lágrima titilaba en sus larguísimas pestañas cuando el recuerdo del leal Tim O'Ready, sacrificado por salvarla, acudía a su mente dolorida y atormentada.

Arabel Allison pensó sí el viejo Tim no habría tenido razón. ¿Por que se había empeñado en vivir como una reclusa? Tenía dinero de sobra, tenía juventud, y en belleza, cuando en alguna rara ocasión había acudido a una fiesta, no había tenido competidoras, obscureciendo a las demás mujeres con sus cabellos azabache, sus ojos negrísimos con chispitas doradas, su boca roja perfectamente delineada y su cuerpo de diosa. Pero Arabel se había dedicado íntegramente, primero a su carrera y luego a la dirección de las explotaciones, cuya propietaria casi absoluta era ella, por las hábiles maniobras que realizara su difunto Padre, Andrew Allison —de donde venía lo de la "Doble A.—, para quedarse con la inmensa mayoría de las acciones, a excepción de un puñado de ellas que regalara a su más íntimo amigo, ahora también muerto y cuyas acciones, por disposición testamentaria, pasarían a ser propiedad de ella.

Absorbida en su trabajo no había tenido tiempo de pensar en el amor y de repente, en medio de sus preocupaciones, olvidando los trágicos sucesos que había presenciado, se preguntó si estaba bien que la los veintisiete años una mujer, con su cara y con su tipo, permaneciera sin un marido a su lado. Pero, ¿sería sincero quien se acercara a ella? Los millones de la mujer más rica del Sistema, como la decían los aduladores cronistas de sociedad, ¿no serían un cebo harto tentador para los hombres que se acercaran a ella, murmurando amorosas palabras?

Estos pensamientos la inquietaron, haciéndola olvidarse de sus anteriores preocupaciones y comenzó a pasear, sin darse cuenta de que en el radar se reflejaba un aparato que poco a poco ganaba espacio.

Ahora sí que se frotó las manos Murray Calvin. Movió los mandos del televisor y luego el del detector y gritó alborozado:

— ¡Muchachos! ¡Buque a la vista!

Media docena de seres que semejaban cualquier cosa menos "muchachos" se agolparon a espaldas del jefe, dejando escapar diferentes exclamaciones en la forma, pero que coincidían en el fondo y no prometían nada bueno para los tripulantes del aparato que acababan de localizar. Miró Calvin el detector y en éste, al pie, en una tira de vidrio deslustrado, luminoso, aparecieron una serie de cifras y letras.

— ¡A ver, "Portugués"! —pidió—: ¡El libro de registro de matrículas!

Comenzó a pasar las hojas y súbitamente se detuvo, soltando una alegre exclamación, tras de la cual se movió un poco en el sillón y miro a sus expectantes compañeros.

— ¡Sabéis de quién es ese espacioyate? ¿No? —Murray jugaba y gozaba con la ansiedad de los rostros de sus compinches—: ¿No? Pues es nada menos que Arabel Allison, la propietaria de las "Explotaciones Doble A.”. ¡Está podrida de dinero!

— ¡Qué piensas hacer? —inquirió uno de los pandilleros.

— ¿Qué pienso hacer? —Calvin sonrió siniestramente—: Muchachos, os aseguro que después de este golpe no nos va a hacer falta trabajar más. Una vida feliz y tranquila nos espera en Astarteia. Somos Seis. ¿Que os parecerían tres millones de dólares por el rescate de esa belleza? Uno para mí, como jefe, naturalmente. Cuatrocientos mil para cada uno de vosotros. Conseguido eso, ¡se acabó el viajar por los espacios!

Los "gangsters” se miraron unos a otros, no acabando de creer en la buena vida que les aguardaba. Hubo unos momentos de silencio, y al fin el "Portugués" exclamó, interpretando el sentir general:

— ¡Acelera, Murray! ¡Alcánzala!

CAPÍTULO V

— Me parece que ya falta poco —dijo Martinez, ante la tensa

expectación de quienes contemplaban su ir y venir afanoso.

— ¿Cuánto? —preguntó impaciente Blossom.

— ¡Hum! Un día. Dos. Pero no mucho más.

Algún hambriento iba a interrumpir diciendo que ya era tiempo de aumentar la dosis de alimentos, pero en aquel momento, a las espaldas del grupo resonó una voz iniciando un dialogo, dialogo que hizo que todo el mundo girara en redondo.

La voz procedía del televisor que Emory estaba escuchando distraídamente, tratando de captar alguna noticia más interesante que no fueran las de su búsqueda o las de los sangrientos desordenes en Eos.

Y la voz sonaba amenazadora, ominosa:

— ¡Arabel Allison, deténgase! ¡Corte energía!

También oyó la voz la interesada y suspendió sus meditabundos paseos, acercándose a la pantalla, intrigada y extrañada.

— ¿Quién es usted? —trató de saber.

— Eso no le interesa por el momento. Pero si le gusta enterarse de lo que pasa, le diré que vamos a raptarla, para obtener tres millones por su rescate —dijo el propietario de la voz, Murray Calvin, con franqueza más que brutal.

Retrocedió ella un paso instintivamente, pero sin dejar de fijar su mirada en el repugnante rostro que aparecía en la pantalla, uno de cuyos lados estaba adornado con una espantosa cicatriz, producto, pensó sin saber por qué, de alguna quemadura radioactiva. Pero su momento de vacilación duró apenas un par de segundos porque, al instante, reaccionando rápidamente, se sentó ante los mandos del espacioyate, desconectando el piloto automático y empujando las palancas que enviaban la energía a los reactores a fondo, con lo que el aparato dio un salto hacia adelante, aumentando terriblemente su velocidad.

— ¡Arabel Allison! ¡Deténgase! ¡No nos obligue a matarla!

La mujer tenía temperamento luchador, por lo que procuró que su cara enfocara bien el transmisor de modo que su imagen fuera claramente percibida por sus perseguidores. Rió despreciativamente:

— No harán eso, sean quienes sean. ¿Qué obtendrían de mí si me mataran? ¿Un lugar de preferencia ante el pelotón de ejecución automático? Atrévanse a disparar.

Arabel tenía razón y comprendió que había dado en el blanco al escuchar una interminable retahíla de palabrotas que le llegaron a través de las ondas.

— ¿Ha terminado usted ya? —dijo fríamente, cuando el otro pareció hacer un alto en los juramentos, para recobrar la respiración.

— No. No he terminado. Son tres millones los que quiero de usted, Arabel Allison. Tres hermosos y redondos millones de dólares que nos entregara cuándo la hayamos capturado, sin protestar lo más mínimo.

— Muy bien. ¿Por que no tratan de alcanzarme?

— ¿Qué es lo que cree que estamos haciendo, hermosa? Por si no lo sabe le diré que el aparato que llevo fue en un tiempo una patrullera Sideral y alcanza velocidades muy superiores a las del suyo.

El corazón de Arabel pareció detenerse en su pecho. Si era verdad lo que decía el "gangster”, estaba perdida sin remedio. Conectó el detector y, tras observar la numeración que se reflejó en el listón de vidrio, alcanzó el pesadísimo libro de registro, hojeando febrilmente sus páginas.

"A.N.P.P.S." —eran las siglas de identificación de los aparatos de vigilancia del espacio y significaban Astronave Patrullera de la Policía Sideral, Número 44,81, Serie FF 22. Desaparecidos sus tripulantes. Se les Supone muertos por Murray Calvin y su banda. Destrúyase inmediatamente la nave en caso de encuentro con ella. Para los civiles: avisar inmediatamente a la Estación Central, dando coordenadas."

Arabel se dejó caer hacia atrás en el sillón de mandos. ¡Era cierto lo que decía el bandido! Sería alcanzada dentro de muy poco tiempo antes de que tuviera tiempo de llegar a lugar seguro. Aquellos "gangsters" lo habían sabido hacer bien. Libres de vigilancia las espaciolineas se habían lanzado a ellas como lobos hambrientos, dispuestos a atacar al infeliz viajero que tuviera la desgracia de tropezarse con ellos. Y la fugitiva había sido la primera en interponerse en el camino de aquellos salteadores. Apretó los labios, impotente para hacer mayor la velocidad de su nave y vio claramente que sus perseguidores ganaban espacio a ojos vistas.

— ¿Qué dices guapa? —cortó sus pensamientos la irónica voz del "gangster—: ¿Te vas convenciendo de que no tienes escapatoria?

No contesto ella, porque acababa de fijar su vista en un punto luminoso que se percibía a simple vista, brillando intensamente en la obscuridad del espacio. A unos veinte mil kilómetros de distancia. Consultó frenéticamente la carta sideral, después de haber comprobado su situación en el espacio y exhaló un breve suspiro. Aquel cuerpo luminoso podría ser su salvación. Cierto que Eros tenía una superficie accidentadísima, que ni siquiera era totalmente esférico, dado su poco diámetro, ciento setenta y dos kilómetros aproximadamente, pero precisamente por la revolución de su superficie, le sería mucho más fácil hallar una anfractuosidad en la que ocultarse ella, junto con su yate, a fin de cuentas de reducido tamaño.

Maniobró, pues, los tubos laterales, desviándose de la dirección de la Tierra, encaminándose en derechura al planetoide. Y a través del transceptor percibió con toda claridad los rugidos de cólera de Calvin y sus hombres al darse cuenta de la estratagema.

En Eros, ocho hombres se hallaban sobre su superficie contemplando un puntito de luz que se acercaba rápidamente al hondísimo barranco en que se encontraban. La nave de Arabel tomó tierra rápidamente, pero con maestría, sin que sufriera el menor daño, a muy poca distancia de la que aquellos hombres separaban y, a continuación, pudieron apreciar que la escotilla se abría y que una figura, cuyas femeninas formás no podían ocultar totalmente el impersonal traje de presión, descendía por las escalerillas que había surgido automáticamente del costado del aparato.

La figura corrió hacia ellos, frenética, desesperadamente y pudieron oír con toda claridad:

— ¡Por el amor de Dios, sálvenme! ¡Me persiguen unos bandidos!

Nunca supo Arabel los motivos, pero instintivamente se había dirigido hacia Emory, que la contemplaba con curiosidad, y que trató de calmar sus aprensiones.

— No tema nada, por favor. Nosotros estamos aquí y no permitiremos que esos tipos la molesten —y en estas palabras se reflejaba el espíritu del antiguo luchador de los espacios, pero que absorto en la contemplación de aquella belleza, belleza que sólo conocía a través de los noticiarios televisados, no reparó en la mirada de inteligencia que

se cruzó entre Howery y sus hombres.

— ¡Gracias, muchas gracias! ¡Me llamo Arabel Allison, y...!

— Ya estamos enterados de lo que la ocurre, señorita. Hemos oído la conversación que ha tenido usted con ese granuja de Calvin. Le conozco de antiguo y si hay alguien que merezca un buen disparo es ése. En cuanto a mi, mi nombre es Emory Winton.

Ahora comprendió ella porqué aquella cara le era conocida.

— ¡Emory Winton! —repitió como un eco—. Pero, ¿no se iba usted a casar con...?

— ...de Arenaza y Olózaga, para servir a Dios y a usted —saludó garrulamente el mejicano, destocándose el invariable sombrero del que no se desprendía como no fuera embutido en el traje de vacío, haciéndola sonreir, en tanto que Emory continuaba la relación de nombres.

— Sol Howery, Arthmont Pottock —ella alargaba la mano a medida que se los iba presentando Winton—: Clint O'Hara, Jess Aledo y Clellan Murphy.

— GraciaS. Les estoy muy agradecida por haberme salvado— dijo Arabel, pero pensando en su interior que, salvo el jefe y el mejicano, los demás no ofrecían un aspecto muy distinto del que sin duda debían tener los bandidos que la perseguían.

— No dé las gracias tan pronto —dijo Martínez suavemente—: Sus "amigos" se están dejando caer.

Las frases pronunciadas hicieron que todo el mundo volviera la vista hacia el punto, distante de ellos un par de centenares de metros, en el que estaba aterrizando la nave pirata. Winton tomó rápidamente la iniciativa.

— ¡Martínez, las armas! ¡Vivo! —y luego cogió a la mujer del brazo—: Usted escóndase aquí y no se mueva. Si ese granuja de Murray Calvin quiere lucha, ¡la tendrá!

En tanto que Emory procuraba que la mujer quedara bien resguardada, entre Howery y sus hombres se cruzaron unas rápidas palabras, que no fueron oídas por Blossom porque se había ido con Martínez al cohete a desembarcar las armas de que fueran despojados.

— ¿Qué diablos se me ha perdido a mi en esta pelea? —gruñó, descontento, Aledo, que no habla sorprendido las miradas de inteligencia de su ex jefe con el resto de sus compañeros.

— ¡Cállate, estúpido! —le respondió Howery—. Deja que liquidemos a esa pandilla. Después el bocado de los tres millones sera para nosotros. ¡Qué necesidad tenemos de exponer el pellejo para robar el tesoro de la reina Melphys?

Abrió la boca sorprendido Aledo, para lanzar a continuación una bárbara risotada, al comprender los propósitos de Sol.

— ¡Muy bueno, pero que...!

— ¡Idiota! ¡Cierra el pico! ¿Quieres que se enteren? —señaló hacia Blossom y Martínez que ya regresaban, así como a Winton quien, habiendo dejado en lugar seguro a la mujer, volvía hacia el grupo para tomar las disposiciones necesarias para la defensa.

— Eso, si Calvin y los suyos no se avienen a razones —aclaró, después de haber distribuido las atomizadoras, agregando a continuación:— Yo saldré a su encuentro y dialogaré con ellos. Si disparo, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Como había dicho, camino hacia la media docena de hombres que ya, habiendo descendido de su aparato, daban grandes zancadas en dirección al lugar en que la muchacha se había refugiado. Pero antes de que avanzaran más, Emory alzó su mano derecha, deteniéndolos con el ademán y con la voz.

— ¡Alto! ¡No des un paso más, Murray Calvin!

— No te interpongas en nuestro camino, Winton. Ya no eres capitán de Policía. Déjanos a la mujer si no quieres que...

— ¿Qué? —le desafiaron.

Calvin trató de cambiar de táctica. Se echó a reír.

— ¡Vamos, Winton, vamos! ¡Antaño tú y yo fuimos mortales enemigos, pero ahora no hay razón de que esta enemistad persista. Únete a mi y sacaremos una buena tajada por el rescate de la bella. Tres, cuatro, cinco millones; los que pidamos nos dará.

— ¡Largo! ¡Largo de aquí, Murray Calvin! ¡Largo tú y tu asquerosa pandilla de pistoleros! ¡Fuera de aquí antes de que empiece a disparar!

Se convulsionó el rostro del bandido, expresando con sus palabras claramente su sentir:

— ¡Claro! Los millones para ti solo, ¿no es eso? Pues no...

La acción de ambos fue simultánea. Tanto Emory como Calvin comprendieron que las palabras estaban de más y echaron mano a sus armas respectivas, pero el primero fue infinitamente más rápido, facilitada su acción de que la funda de su "Colt" fuera de las antiguas, es decir, sin tapa y, aunque el "gangster” en previsión había soltado la trabilla de la suya, perdió demasiado tiempo.

Cuando su mano se levantaba armada, ya había salido un fogonazo y una detonación del revólver de Emory. En la Tierra hubiera sido disparar al albur a cincuenta metros de distancia. En el planetoide, dada la escasa fuerza de gravedad, la bala podía alcanzar seis veces más y, por lo tanto, voló rectamente hacia el pecho de Calvin, que retrocedió bruscamente, como empujado por una mano invisible, al mismo tiempo que un agujerito, del que al momento comenzó a brotar la sangre, aparecía en la parte superior de su traje espacial. Se tambaleó un poco, inclinó la cabeza, levantándola a continuación y luego intentó de nuevo hacer fuego sin conseguirlo. Un segundo disparo cortó para siempre su carrera de crímenes, derribándolo sin darle tiempo a lanzar un gemido. Ni siquiera la escafandra de plástico fue suficiente protección para la pesada bala de plomo que, destrozando la esfera transparente, abrió ancho boquete en la frente de Murray Calvin.

Detrás de éste, a unos metros de distancia, se hallaban sus hombres. La acción fue rápida, tan rápida que, para cuando quisieron intervenir, ya se habían quedado sin jefe y entonces desenfundaron sus atomizadoras, en tanto que Emory, de un salto, se escondía detrás de una roca, contra la que se estrellaron los primeros disparos de la pandilla, que pudieron hacer muy pocos.

Winton sintió el cálido aliento de las pequeñas explosiones nucleares contra la roca, pero esta era de gran espesor y, aunque desapareciendo en buena parte, resistió perfectamente, mientras que, por encima de él, pasaba un huracán de fuego de los hombres que tenía a sus espaldas quienes disparaban sus armas como demonios, haciendo vibrar el aire de Eros con los restallantes latigazos de las explosiones de los diminutos proyectiles atómicos al reventarse apenas tocaban el blanco, convirtiendo a los hombres de Murray en nubecillas de humo verdeamarillento que se disipaban en seguida.

Pocos minutos bastaron y cuando todo hubo pasado, de los "gangsters” siderales el único rastro que quedó fue el inerte cuerpo de su jefe que ya no volvería a atracar ningún espaciocohete.

Sol Howery sonrió complacido. Aquel estúpido de Winton les había hecho el favor más grande de su vida. Apenas se había apagado el fragor del combate, cuando todavía su odiado enemigo, a cuyas órdenes se veía constreñido a actuar, le ofrecía, a veinte metros por delante de él, el tentador blanco de su cuerpo, aún vuelto de espaldas, en una décima de segundo se dijo que él no sería quien se enfrentara con los hombres de la reina Melphys teniendo una mina mucho más segura al alcance de su mano y como tenía un obstáculo delante, decidió suprimirlo fríamente.

Alzó su mano, dirigiendo la visual de su mirada por el pequeño anteojo de la atomizadora, pero antes de que la imagen de Winton se hubiera reflejado en el vidrio deslustrado, sintió que en el cuello se le introducía la punta de una arma afiladísima, al mismo tiempo que una voz en castellano le susurraba unas palabras junto al oído:

— *¡No, amigo! Los hombres dan la cara. ¿Se lo repito en inglés?*

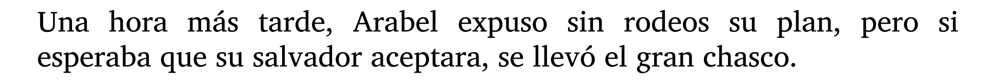
— Gracias —dijo Howery, sin mirar siquiera al mejicano—. Comprendo perfectamente el español. Aparte ese cuchillo.

— *Enfunde la pistola*. Así será mejor. Cuando quiera matar a Winton cara a cara, no me opondré; téngalo por seguro.

Martinez guardó el cuchillo, mirando sonriente al bandido del que era accidental aliado, haciéndose a sí mismo la consideración de que en la lista negra que Sol había grabado en su mente, era él quien iba a continuación de Winton. Pero también se dijo que ala menor insinuación, el plateado de su cuchillo tomaría un tono rojo intenso y se levantó de detrás de la protección de la roca, al mismo tiempo que todos los demás, concluido el combate ya, hacían lo propio.

Arabel Allison salió del refugio que le buscara Emory y, sintiéndose el alma llena de infinito agradecimiento, corrió hacia el hombre que tan oportunamente había llegado en su auxilio. Cuando estuvo a un paso de éste, se detuvo, conteniendo el abrazo que de buena gana le hubiera dado en señal de agradecimiento, no tanto por la inconveniencia que ello hubiera supueste, como por las palabras que le dirigiera él.

— No se acerque, por favor. Tengo que pasar antes por la cámara de descontaminación. Debo estar impregnado de radioactividad.



Una hora más tarde, Arabel expuso sin rodeos su plan, pero si esperaba que su salvador aceptara, se llevó el gran chasco.

— No. Nosotros no volvemos a la Tierra.

— ¿Que no...? Esta bien. Ustedes pueden no volver al planeta, pero lo harían si yo les entrego una espléndida gratificación. Pidan lo que quieran, que se lo daré sin protestar. Me haré cuenta de que he sido secuestrada de verdad —sonrió— y que tengo que pagar el rescate.

— Puede usted ofrecerme todo el oro del Sistema y me quedaré tan frío como estoy, señorita Allison. NO tengo ganas de quedar encerrado para el resto de mi vida.

— Pero... ¿por qué?

— Este no es el momento de andar con explicaciones. En vez de llevarla a usted a la Tierra, será usted, en su espacioyate, quien nos lleve a Astarté. Es lo que puede hacer por nosotros, en pago del favor que le hemos hecho. Así quedaremos en paz.

— ¡Yo no voy a Astarté! ¡Esa no es mi ruta!

— Ya lo sé —replicó el pacientemente—. Pero es la nuestra. Y puesto que nuestro aparato está averiado, además de ser un montón de hierro que puede reventar en cualquier momento, usaremos el suyo. No se hable más del asunto.

— ¿Qué es eso de que no se hable más del asunto? ¿Es que se cree usted, Emory Winton, que puede disponer así como así, a su antojo, de las propiedades de los demás?

— En este caso, sí replico él firmemente.

— Hay una solución. Tomen el de Murray Calvin.

— No, gracias. Ha de ser el suyo.

— Está bien. Entonces pilotaré yo el otro. Aun saldré ganando porque es más veloz y llegare antes a la Tierra.

— No hará eso. Usted se vendrá con nosotros a 2.012.

Ella lo miró fija, incrédulamente. Era la primera vez que un hombre no sólo resistía sus órdenes, sino que además, hecho inaudito, pretendía mandar en ella.

— ¡Oiga, Emory Winton! ¿Qué se ha creído usted? Usted dará órdenes a esa banda de granujas, pero a mí no me manda nadie. Yo sé muy bien lo que debo hacer y lo que no debo hacer. No puedo impedir que ustedes se apoderen de mi yate, pero usaré el de los "gangsters" y en cuanto me halle en órbita libre, comunicaré que me han robado mi nave.

— Entonces ya esta todo dicho. Ahora, quiera o no se vendrá con nosotros a Astarté, señorita Allison —dijo Emory decidido, tomándola del brazo y llevándola hacia su propio aparato—. Estaba dudando si dejarla pilotar el de Calvin...

— ¿Por qué? —pregunto ella desasiéndose, pero siguiendo a su lado.

— Por la sencilla razón de que la Policía Sideral, cuando se trata de uno de sus propios espaciocohetes, no atiende nada. Se limita a destruirlo, sin interrogar a sus ocupantes acerca de los motivos que tienen para viajar en un vehículo oficial. Eso por un lado, y por otro, la amenaza que nos ha hecho usted de denunciamos, hace que me reafirme en mis razones. En el momento en que lleguemos a Astarte, usted quedará libre. Se lo garantizo. Palabra de Emory Winton.

— Pero yo tengo que ir a la Tierra. Tengo que arreglar allí mis asuntos. Mis explotaciones...

— ¡Vamos, vamos, no se queje! Tómese unas vacaciones. En 2.012 se pasa tan bien como en nuestro planeta y a usted le sobra el dinero.

— No llevo nada encima —dijo ella puerilmente, haciendo que Emory se echara a reír.

— ¡Caramba con la hipermillonaria! ¿Es que su sola palabra no es una

garantía? En cuanto la vea la reina Melphys le concederá todo el crédito que quiera. Usted es una letra a la vista que nadie se atrevería al rechazar.

Calló ella en tanto llegaban a su espacioyate, prometiéndose a sí misma que en cuanto se viera libre de aquellos facinerosos no descansaría hasta meterlos en la cárcel. ¿A todos? Bueno, sólo a su jefe. Los demás no hacían más que obedecerle y además habían contribuido eficazmente a sacarla de una difícil postura. Y en cuanto estuvo en el interior de la nave, se retiró a su cámara, no pudiendo oír por tanto la áspera discusión que se cruzó entre Winton y Howery, y que terminó con unas contundentes palabras del primero.

— Nuestro trato es ir al planetoide Astarté y robar todo el oro que podamos del tesoro de la reina Melphys. La chica se quedara allí y que haga lo que quiera. Pero al primero que intente tocarla un pelo de la ropa, se las entenderá conmigo.

CAPÍTULO VI

Parecía que el tiempo no transcurriera en el interior del espacioyate de Arabel. No teniéndose que ocupar de los mandos, conducida la astronave por el piloto automático, sus ocupantes se pasaban la mayor parte de las horas tumbados en sus literas, comiendo, bebiendo, fumando o, lo que hacían con más frecuencia los hombres de Howery, jugándose a las cartas, mediante vales escritos, su correspondiente parte del hipotético botín.

Arabel se acercó al hombre que estaba cruzado de brazos mirando el estrellado firmamento a través de la lucerna, hombre hacia quien se sentía más atraída cuanto más objeto de desdenes e indiferencia era. Antes de dirigirle la palabra, estuvo a su lado un momento en silencio, sin que Emory pareciera haber reparado en ella y al fin, Arabel, aún disponiéndose a recibir una serie de indiferentes respuestas, habló:

— ¿En qué piensa, capitán?

— No soy capitán. Lo fui... en tiempos —respondió él, sin mirarla.

— Creo recordar —murmuró ella, como hablando consigo mismo—

que fue usted un héroe de la I Guerra Sideral, ¿no es así?

Una levísima sonrisa curvó los labios de Emory:

— Así me llamaron, en efecto, durante algún tiempo, y he de confesar que pocos hombres gozaron de tanto popularidad como yo.

— Si. Ahora caigo. Todavía era yo muy joven. Una bomba capaz de destruir la Tierra, ¿cierto?

— Usted lo ha dicho, señorita Allison.

— ¿Qué era exactamente?

— Una bomba perfecta. Tan perfecta que por eso recibió el nombre de "Perfecta A". No había fuerza humana capaz de desviarla, y hubiera desintegrado nuestro planeta en un segundo.

— Pero usted lo consiguió. Y creo que también era muy joven.

Sonrió él al recordar su hazaña:

— Diez y nueve años. Hace de ello casi trece.

— ¿Cómo lo hizo, capitán? Cuéntemelo. Por favor. Me gustaría oírlo de labios del propio interesado, se falsea tanto la Historia...

— No tiene nada de particular —rió Emory suavemente—. Me jugué el tipo y eso fue todo. Si fracasaba, desaparecía la humanidad. La terrestre al menos. Si ganaba... bueno. Fui el hombre del que más fotografías se han hecho en los últimos siglos. Pero "Perfecta A" no merecía ese nombre. Tenía un fallo y yo lo supe hallar. Por eso el gobierno de Júpiter pidió la paz, enviando el resto de las "Perfecta", que completaban todo el alfabeto, a destruirse más allá de los confines de nuestro Universo.

— ¿Cuál era el fallo de "Perfecta”, capitán?

— Ese precisamente. El ser demasiado buena, pero máquina al fin y al cabo. Era una ingente colección de cerebros electrónicos que lo preveían todo, pero que a finn de cuentas eran cerebros mecánicos. No se les ocurrió que el astro contra el que se destruyeron llegado el momento era un simple espejismo. Una proyección de la Tierra a dos millones de kilómetros de distancia de ésta. Para mí que "Perfecta" se dio cuenta en el último instante de que su objetivo no era el auténtico, pero no tuvo tiempo de rectificar la orden dada automáticamente al

mecanismo de explosión. Y en Júpiter creyeron que si nosotros teníamos un arma superior a la suya, podríamos destruirlos también, por lo que se apresuraron a pedir la paz.

— ¿Y luego?

— Luego... —el rostro de Emory se cubrió de pesar—. Durante algún tiempo fui el héroe más héroe de todos los siglos. No era más que un simple soldado, pero me hicieron capitán de la Policía Sideral. Pero a lo que parece mis métodos para capturar criminales no les gustaron. Alguien muy elevado se sintió terriblemente ofendido y, aunque no se atrevió a condenarme a muerte, me degradó y me convirtió en un ciudadano cualquiera con la sentencia de cadena perpetua suspendida sobre mi cabeza. Y ahora me tiene usted aquí; cualquier agente puede disparar sobre mi impunemente y ganarse además una buena prima.

— ¡Oh! —dijo ella y quiso indagar más detalles de su interlocutor, pero Emory alzó brevemente la mano.

— ¡Por favor! Dejemos la conversación, se lo ruego.

A pesar de la prohibición del hombre, Arabel no hubiera sido mujer si no fuera curiosa e iba a seguir interrogándole, cuando de repente sonaron unas voces en la cámara inmediata, donde estaban los jugadores, lo que hizo que Emory, abandonándola, se encaminara en aquella dirección.

Uno de los hombres de Sol Howery, harto de jugar, se había levantado de la partida y, yéndose al armario donde guardaban los licores, lo había abierto a la fuerza, apoderándose de una botella, la cual tenía ya medio vacía. El aburrimiento, junto con el alcohol, le habían producido una peligrosa excitación, de la cual podía dar razón Abner que se hallaba tendido en un rincón, quejándose lastimeramente a consecuencia de un golpe recibido al intentar impedir a Pottock su acción.

Emory avanzó un paso:

— ¡Pottock! —dijo—. Tira esa botella y vete a dormir.

— ¡No me da la gana! Estoy demasiado aburrido. Me han ganado todo el dinero y no tengo otra cosa que hacer.

Dio unos pasos hacia adelante, tambaleándose. Y bruscamente, antes de que Winton se diera cuenta de lo que el otro pretendía hacer, se vio apartado a un lado por un repentino manotón que recibiera en un

hombro y que lo hizo trastabillar, perdiendo momentáneamente el equilibrio.

— ¡Aparta de ahí! —gruñó Pottock—. Hay aquí una chica guapa que va a beber conmigo y luego va a premiar mi buena acción con un beso.

Arabel miró suplicantemente a Emory, como pidiendo auxilio. El borracho se había colocado entre ella y la puerta, impidiéndole cerrar, pero de repente se sintió asida por el talle por una fuerte mano, al mismo tiempo que Pottock, con la botella en alto, trataba de hacerla beber por la fuerza, manchándola con el licor que se derramó, pero en el mismo instante se oye un ruido de vidrios rotos y el beodo salió despedido hacia atrás, cayendo al suelo, tras recibir en la mandíbula un fuerte puñetazo que Emory le había aplicado, una vez recobrada la estabilidad.

Con el rabillo del ojo pudo apreciar éste la mefistofélica sonrisa de Howery, pero no pudo fijar en el jefe de la cuadrilla su atención, que fue inmediatamente requerida por las palabras de Pottock que, desaparecida súbitamente su embriaguez, se levantó mascullando una serie de interjecciones que no presagiaban nada bueno. Y en el mismo momento, algo brilló en su mano ominosamente. Emory no se detuvo a pensar. Saltó como un tigre sobre su antagonista, desviándole con la mano izquierda el arma, al mismo tiempo que detrás de su puño derecho iba todo el ímpetu de su cuerpo, proyectando a Pottock hacia atrás, pero sin hacerlo caer, no obstante.

El bandido retrocedió una serie de pasos, agitando las manos en el aire, tratando de recobrar el equilibrio. Pero allí estaba Martínez, fumando tranquilamente, contemplando la escena con una indiferente sonrisa, y Martínez alargó de repente el pie.

Ahora sí que Pottock cayó hacia atrás, en un negro orificio que se había abierto tras él, por la acción del mejicano que había oprimido el botón de apertura automática del vertedero de desperdicios, en el que cayó el golpeado, lanzando un desgarrador alarido al comprender cual iba a ser Su horrible suerte, alarido que perdió intensidad al cerrarse la tapa del vertedero encima de su cabeza y en cuanto esto ocurrió, dejando la cámara estanca, se sintió asido por unos garfios, al mismo tiempo que se abría la tapa exterior y era proyectado al espacio, al vacío sideral, en el que, en un segundo, quedó convertido en una estatua de hielo, con una deformada apariencia humana, en la misma postura que le había sorprendido la horrible muerte simultánea por congelación y asfixia y que poco a poco fue distanciándose de la

astronave, a causa de la escasísima atracción que ésta ejercía sobre el cadáver.

Martínez simuló limpiarse las manos y exclamó displicentemente:

— Parece que ahora nos encontramos en mejores condiciones higiénicas, ¿no?

Hubo unos momentos de silencio, silencio que fue roto primeramente por la excitada voz de Blossom:

— ¡Por el amor de Dios, Martínez! ¿Qué has hecho? Dos bajas ya. ¿Como nos las vamos a arreglar para robar el oro?

Howery fue más práctico. Echó mano a su pistola, pero se contuvo al ver brillar el acero que tanto temía en la mano del odiado mejicano y durante unos instantes las miradas de ambos sostuvieron un duelo en el que pareció escucharse el choque de dos aceros.

— ¡Mestizo de todos los demonios! Un día de estos te vas a encontrar con algo que no te va a gustar nada. Y en cuanto a ti —su puño amenazó a su accidental jefe—, saldaremos nuestras cuentas una vez que hayamos concluido el asunto. No olvidaré que has matado dos de mis hombres.

La respuesta de Emory fue serena:

— Dije que al primero que tocase a la mujer, le haría sentir el peso de mi mano. No te puedes quejar, Sol. Pottock estaba advertido de lo que le ocurriría.

Martínez se acercó al bandido, sonriendo de aquella manera suya tan peculiar:

— Es la primera vez que me siento orgulloso de haber desempeñado el oficio de basurero y puedes tener por seguro que no deseo otra cosa que hacerlo nuevamente contigo, ¡hijo de una hiena!

Howery se levantó convulso el rostro por el insulto, pero de nuevo hubo de reprimir sus impulsos de venganza. El acero, el inseparable acero del mejicano, estaba a un centímetro de su garganta y comprendió que bastaría una leve presión para ser degollado. Se sentó de nuevo, mascullando entre dientes lo que iba a hacer cuando todo aquello hubiera terminado, en tanto que Martínez se dirigía a Winton:

— Tendremos que desarmarlos de nuevo, ¿no le parece, jefe? —y sin

esperar el asentimiento, alargó sus manos para recoger las pistolas que los otros le alargaron sin decir palabra, pero expresando en cambio, con toda claridad, sus sentimientos en las profundas miradas de odio que lanzaban a Martínez que continuaba sonriendo beatíficamente.

Emory se volvió al notar la presión de una mano en su hombro. En el rostro de Arabel había la sombra de una sonrisa:

— ¡Gracias! Gracias por su defensa, pero... ¡Oh! La muerte de ese pobre ha debido ser horrible.

— No tuvo más que lo que se merecía —replicó él dura, ásperamente —. Debí prever que ocurriría algo parecido a lo que acaba de pasar. Lo hubiera acertado con dejarla a usted irse en el otro aparato.

Centellearon los ojos de Arabel al oír las palabras de Emory:

— ¡ES usted odioso, Winton! —Y no dijo más, refugiándose en su cámara, volviéndole la espalda con el orgulloso porte de una reina ofendida, sin poder apreciar la sonrisa que apareció en el rostro del hombre, que correspondió a continuación al guiño alegre que le hiciera el mejicano.

* * *

Emory Winton, Arabel Allison y el resto del grupo avanzaban tranquilamente por la acera de una de las principales calles de Astarteia, la capital del planetoide.

— Esto es parecidísimo a la Tierra —observó ella, visiblemente sorprendida.

— Es natural. Astarté se hallaba poblado por una raza muy inteligente, pero bastante atrasada con relación a nosotros y en lugar de rechazarnos tomaron todo lo nuestro sin pensarlo mucho.

— Cualquiera diría que Astarteia es una pequeña capital europea, pero modernizada. Si tuviese algún monumento antiguo, la semejanza sería perfecta.

— ¿Una catedral gótica, por ejemplo?

Se echó a reír Arabel:

— Exacto. Ha dado usted en el clavo, capitán.

— No me llame capitán —la reprendió—. Por otra parte, el palacio de Melphys, aún no siendo del estilo que nosotros acostumbramos a ver, es bastante como monumento antiguo.

— ¿Lo conoce usted?

— Sí. Estuve aquí hace ya unos cuantos años —contestó Emory poniéndose serio, y ella no quiso insistir en las preguntas.

Tenía razón Arabel. Astarteia tenía todo el aspecto de una capital europea modernizada, pero a buen seguro con mucha más algarabía y mucho más bullicio. Por todas partes salían risas y rumores de canciones de los innumerables establecimientos de diversión.

— Parece ser que aquí la vida es muy fácil —dijo Arabel.

— Ya lo creo. Como que viven a costa de los turistas de todo el sistema planetario. Si suprimieran el juego y este planetoide se integrara en la Federación, perdería al instante todo su atractivo.

Arabel quiso continuar hablando, pero algo la interrumpió. Una serie de detonaciones procedentes del interior del bar a cuya puerta estaban llegando en aquel momento y cuyos batientes se abrieron repentinamente, dejando salir un hombre con un par pistolas en la mano, haciendo fuego en dirección al establecimiento, desde donde era contestado adecuadamente. Pero súbitamente el hombre lanzó un aullido feroz, cuyo tono se elevó sobre el fragor de los disparos, y soltó, una tras otra, sus armas. Vaciló unos instantes, con el pecho cubierto enteramente de sangre y, al fin, estremeciéndose horriblemente, cayó al suelo, en medio de un extenso charco rojo, hasta que al cabo de unos instantes se quedó quieto.

De nuevo volvieron a abrirse las puertas del bar y un hombre, también armado, salió de su interior, dirigiéndose hacia el muerto, al que volvió con el pie, cerciorándose de que había concluido con él. Luego, sin guardar el arma, se encaró con los que habían presenciado la pelea:

— ¿Son ustedes amigos suyos?

— No —era Martínez quien se apresuró a contestar—. Nosotros sólo somos amigos de los vivos.

— De cualquier vivo que no sea yo —respondió el otro asperamente.

— Tiene usted muchísima razón —dijo el mejicano placenteramente —. Toda mi vida estaría horrorizado si contara con un tipo como usted entre mis amistades. No podría mirar a la gente a la cara.

— ¿Qué quiere usted decir con eso?

— Nada, amigo… ¡Perdón! Retiro lo de amigo. Parece que no le gusta. Simplemente que nos deje seguir nuestro camino.

— ¿Y si me opongo?

— En lugar de pasar sobre uno, lo haríamos sobre dos cadáveres — Martínez continuaba tranquilo al parecer, pero su mano derecha acariciaba ya su famoso cuchillo que se había deslizado en la manga de su traje.

— Me parece que… —empezó a decir el otro, alzando su pistola, pero no pudo concluir ni la frase ni el ademán. Un horrible gorgoteo salió de su garganta, en la que apareció repentinamente, tras un destello metálico apenas visible por la fulmínea rapidez con que había sido ejecutada la acción, el mango de un cuchillo. Giraron los ojos del hombre de un modo espantoso en sus órbitas, soltó la pistola que chocó sordamente contra el suelo y a continuación, venciéndose hacia adelante, quedó cruzado sobre el cuerpo del que matara anteriormente.

— Hay gente que tiene muy malas pulgas —comentó tranquilamente Martínez, inclinándose sobre el que acababa de morir y extrayéndole el arma de la horrible herida, en el mismo momento en que el alarido de una sirena se acercaba al lugar donde se hallaba el grupo.

Arabel había presenciado toda la escena y no pudo evitar el asirse al brazo de Emory:

— ¡Detendrán ahora a Martínez!

— No. Ya lo verá usted.

Un coche policial se detuvo en el lugar en que se hallaban los dos cadáveres, desembarcando del vehículo un par de hombres. Uno de ellos inquirió:

— ¿Qué ha ocurrido aquí?

Emory Se adelantó un paso, explicándoselo todo al oficial de policía que entrecerró los ojos al inquirir:

— ¿Del Sistema?

— Terrestres —fue la escueta réplica.

— Lastima que no se maten todos unos a otros de una vez —comento el policía.

— ¿Si? ¿Y de qué iban a vivir ustedes? ¿Cazando animales salvajes como cuando les colonizamos?

Continuaron andando, sin preocuparse más del incidente, excepto por la parte de Arabel, que quiso saber:

— ¿Cómo es que no han detenido a Martínez?

— ¿No ha escuchado las palabras del teniente? Yo puedo matarla a usted aquí en Astarté y nadie me dirá una palabra. Pero no se le ocurra ni siquiera abofetear un indígena, porque sufrirá una muerte espantosa. Los habitantes del Sistema tenemos absoluta libertad para matarnos unos a otros. Claro está que el que comete un asesinato no puede volver a su planeta ni al del muerto, si era de otro astro, porque de aqui lo comunican instantáneamente. Pero en Astarté, sobre todo en la capital, se vive bien y por poco dinero, que es lo importante.

— Pero, ¿por que no recogen las armas?

— Sólo están prohibidas las nucleares. Si usted se quiere pasear con un camión remolcando una pieza de 20 centímetros, nadie le dirá una palabra, siempre que esa pieza dispare proyectiles de pólvora. En el momento en que usted lleve un arma que dispare balas desintegrantes aunque no tenga intención de usarla, la pena es única. Ya puede figurarse cuál puede ser.

— Esto me recuerda —murmuró ella— algunas de mis lecturas. Cuando a mediados del siglo XIX existían en Norteamérica aquellas ciudades sin ley, en el salvaje Oeste.

— Si, esto es muy parecido. Pero sólo se puede matar una clase de personas: las que no son de aquí. Por eso tiene tanta vida Astarteia. Prácticamente es una ciudad con una sola ley, prohibido tocar un oriundo de este planeta. Por lo demás, puede usted hacer lo que le de la gana. Nadie le molestará lo más mínimo.

— Entonces, ¿Martínez no podrá volver a la Tierra?

— Es lo más probable, pero no creo que se queje mucho. Además, ha

sido en legítima defensa y bien pudiera ser absuelto. Yo soy el que no puede volver. Cualquier terrícola puede disparar sobre mí sin que se le haga otra cosa que darle un montón de billetes y unas cuantas palmaditas de felicitación.

— ¿Que es lo que le ocurre, capitán? ¿Por que no me lo cuenta todo? —alzó la mujer sus grandes ojos negros hacia Emory, cuya vista continuaba a su frente.

— No me gusta recordar cosas pasadas, pero bástele saber que fui considerado como un asesino y si no me condenaron a la última pena fue por premio a mis servicios en la I Guerra Sideral. Ahora ya, ni eso siquiera. Pero, en fin —volvió la cabeza y sonrió a Arabel—, he llegado aquí y aquí me quedaré. Tuve suerte.

— ¿Suerte?

— Si. La que no tuvo usted con la revuelta en sus explotaciones. Eso me vino de perillas para que las espaciolineas se quedaran sin vigilancia. Pero observo que ya hemos llegado a su alojamiento. Este es el "System Hotel". Bastará su nombre para que le faciliten todo cuanto desea. Su rostro es muy conocido.

Alargó ella su mano:

— ¿No nos veremos más, señor Winton?

— ¿Quién, sabe? Adios —contesto simplemente, dando media vuelta y uniéndose al resto del grupo.

Arabel se quedó mirándolo, hasta que, con sus compañeros, desapareció en el bullicio de la calle, en la que los anuncios luminosos ponían una nota de lujuriante color. Luego, conteniendo difícilmente una lágrima, se adentro en el hotel, sin reparar en la profunda reverencia que le hiciera el portero.

CAPÍTULO VII

— Entonces ¿todos de acuerdo? —y cuando Blossom vio que el resto de la pandilla, incluido Emory, hacia gestos de asentimiento, dijo—: Bien. Dentro de una hora en el "Nebulus". Es el lugar donde van a beber habitualmente los oficiales de la guardia de palacio.

A la hora prefijada, Emory, con Martínez al lado, seguido por Howery, O'Hara, Aledo y Murphy, entraba en el bar, aparentando indiferencia y dirigiéndose, en tanto simulaban una intrascendente conversación, hacia el mostrador, en donde pidieron unas bebidas, extrañándose de no ver al judío tal como este les habla prometido, pero decididos a

esperar, no obstante.

Había caído la noche sobre Astarteia, si bien, a causa de la excesiva distancia al sol, poco se diferenciaba del día durante el cual seguían detonando los anuncios luminosos que contribuían, tanto o más que la iluminación pública, a hacer una ascua viva de la ciudad. Pero dentro de poco sería la hora del descanso, sobre todo para la guardia, que era el momento elegido por Abner, ya que no para los establecimientos dedicados la fomentar el turismo interestelar que prácticamente podía decirse no cerraban durante las veinticuatro horas del día.

Emory dejó vagar perezosamente su mirada por el animado local, sin nada que lo diferenciase de los que conocía en la Tierra. Mujeres hermosas, lujosamente ataviadas; música; abundantes mesas de juego repletas de público, muy poco mirón, ya que casi todo el mundo se lanzaba a las excitantes aventuras de los juegos de azar; gran cantidad de uniformes de los oficiales que no tenían nada que hacer en aquellos momentos; y la cantante de turno, desgañitándose sin que nadie, a excepción de media docena de parejas que bailaban en el centro de la pista, la prestara el menor caso.

Súbitamente, la mirada de Winton se detuvo en el piso superior, en donde acababa de abrirse una de las puertas de un reservado. La astuta faz de Blossom apareció en ella y se le vio claramente la sonrisa de satisfacción que animó su saturnino rostro al ver a su cuadrilla. Hizo con la cabeza un gesto, y Emory dijo solamente dos palabras:

— ¡Esperadme aquí!

Tranquilo, pausado, mirando indiferentemente en torno suyo, rechazando una invitación femenina, atravesó el tremendo bullicio y subió con calma las escaleras, deteniéndose un instante a encender un cigarrillo. Pero apenas había llegado a la puerta de la habitación donde se hallaba su compañero, cuando desapareció con rapidez, cerrándola al momento tras si y un vistazo le indicó que Blossom había obrado acertadamente. Un cuerpo inerte, en paños menores, yacía en un rincón, en tanto que una botella vacía, junto con un par de vasos, indicaban el recurso de que se había tenido que valer el hebreo.

— ¿Muerto? —preguntó Emory.

— No —rió Blossom—. Pero me dio mucho trabajo y en vista de que con una botella no iba a tener suficiente le largué medio kilo de "Narkotyn". Dormirá algo así como una semana.

— ¿Y bien?

— Tome, Winton. Su traje. Lo elegí de una estatura aproximada a la suya. Usted rompera marcha. También le saqué la contraseña.

Mientras se colocaba el uniforme del desvanecido oficial, Emory preguntó:

— ¿Por qué he de vestirme con estos oropeles?

— Esos oropeles sirven para que el detector no nos descubra. Su labor es atontar al centinela. Lo demás... Bueno, dese prisa. Ya me expliqué antes.

Nadie prestó atención al hecho de que un oficial de la guardia saliera con un par de terrestres bebiendo y cantando. Era un hecho harto frecuente para que los numerosos concurrentes del atestado "Nebulus” le prestaran algo más que una distraída mirada, y lo mismo hicieron los viandantes con que tropezaron en su camino hasta el palacio, cuya mole, oscura, pétrea, se alzaba sombría, amenazadora, surgiendo de una colina, a cuyos pies se encontraba la ciudad que parecía un astro dentro de otro luminar. Siendo la hora del descanso, las luces que iluminaban durante el resto del día el palacio, haciendo resaltar la fantástica belleza de sus construcciones, estaban apagadas en su mayoría Apenas se veían, muy repartidos, media docena de rectángulos que indicaban otras tantas habitaciones cuyos huéspedes estaban aún levantados.

— Pero los sótanos están muy abajo. Creo que llegaremos bien —murmuró Blossom al oído de Winton—. Adeléntese. El primer puesto de vigilancia esta a la vuelta. No olvide su nuevo nombre ni la contraseña. ¡Buena suerte!

Mientras caminaba hacia el lugar en donde se encentraba el centinela, Emory pensó en la soberana astucia del judío. La jugarreta con que lo sacara de la vida pacífica que llevaba había sido soberbia. Por un momento estuvo tentado de devolvérsela, pero tuvo que reconocer que Abner seguía siendo listo. ¿Cómo haría para volverse atrás? No podía vagar por Astarteia vestido de aquella guisa. Tampoco podía ir en paños menores hasta encontrar su ropa. Se exponía a encontrarse con algún policía que lo detendría por sospechoso y en aquel planetoide, él lo sabía, tenían medios más que sobrados para hacer hablar a los recalcitrantes. No era como en la Tierra que en seguida echaban mano de la máquina de la verdad. En Astarteia solamente la usaban si el tipo a quien torturaban era un hombre y aguantaba. Pero antes de sentarlo

en el sillón conectado con la máquina de la verdad, en la que no valían respuestas falsas, porque el que tal hacía era fulminado instantáneamente por la misma máquina, se habían divertido un rato con el prisionero. No, suspiró. No tenía otro remedio que seguir hacia adelante.

La voz del centinela le sacó de su abstracción, trayéndole a la realidad:

— ¡Alto! ¿Quien vive? —También en aquel planetoide se usaba la arcaica fórmula terrestre.

— Teniente Kryllz. Vengo a tomar mi servicio.

— ¡La contraseña!

— *¡Melphystar!*

— ¡Adelante! —y Emory comenzó a andar hacia el cuadrado iluminado que pronto aumentó de tamaño al abrirse la puerta, recortándose en ella, con toda claridad, la silueta del centinela que, al llegar a su altura, avanzó un paso, iniciando el saludo reglamentario con la mano izquierda, pero apenas lo había iniciado cuando distinguió la faz del supuesto oficial y apreció que no era el que había creído.

— ¡Usted no es el teniente Kryllz! —exclamó, sorprendido, pero echando al mismo tiempo mano a la pistola.

— ¡Tanto peor para ti! —murmuró fríamente Emory, que alargó su mano izquierda, deteniendo la acción del centinela, que a continuación se derrumbó como un saco al recibir un formidable impacto en la mandíbula, lo que hizo pensar al que se lo había propinado con todas sus fuerzas que, a juzgar por el crujido de huesos que se había dejado oír claramente, el desprevenido centinela tendría conmoción para rato. Lo tomo en sus brazos, arrastrándolo al interior de la cabina, arrojándolo en un rincón. Salió fuera acto seguido y emitió un suave silbido.

Media docena de sombras galoparon en la oscuridad. Blossom, ansioso, preguntó:

— ¿El centinela?

— Despachado —fue la seca respuesta.

— Atadlo y amordazadlo. No podemos correr riesgos —y O'Hara y Aledo se apresuraron a obedecer. El judío era previsor.

— Ahora —dijo— el cuerpo de guardia. A estas horas no debe de haber más de media docena de soldados. Recordad que hay que procurar que no haya disparos de ninguna clase. Atómicos, porque serían detectados automáticamente por la alarma y entonces podríamos despedirnos de la vida. Tú, Emory, no uses tu revólver más que como maza. Si hay que hacer algo definitivo... —y Blossom sonrió siniestramente, dejando al desnudo su verdadero carácter—, que sea en silencio. ¿Entendido?

Se explicaba demasiado bien el hebreo para no ser entendido. Winton abrió la marcha, llevando en la mano la atomizadora cogida al centinela, pero no porque pensase usarla, sino por simple precaución.

Había seis soldados. Cuatro jugando a las cartas, uno mirando y otro dormitando en un diván, en el rincón más alejado de la habitación. Los cinco primeros se levantaron presurosos, sorprendidos al ver un oficial en la estancia, pero su sorpresa aumentó de tono al ver el arma que los encañonaba directamente.

— ¡Quietas las manos! ¡Así! —amenazó Emory en voz baja, pero perfectamente audible, mientras que por el interior de la estancia se desparramaba el resto de la cuadrilla, comenzando a atar y a tapar las bocas de los descuidados soldados.

No lo hicieron tan silenciosamente que no despertaran al durmiente. Se levantó éste, con la boca tan abierta o más que los ojos, a causa de la estupefacción que se había apoderado de el al ver un grupo de desconocidos invadiendo aquello, pero también reaccionó pronto, porque se puso en pie de un salto y se arrojó, volviéndoles la espalda, hacia las armas que estaban colgadas de la pared.

Se quedó en la misma postura. Los brazos alzados, el cuerpo rígido, tenso, pero la posición duró solamente escasos segundos. En el centro de su espalda, el mango del cuchillo de Martínez había hecho su aparición súbitamente y el desgraciado Soldado no pudo emitir otra cosa que un horrible ronquido de agonía, cayendo al momento inerte sobre el lecho que acababa de abandonar, en tanto que sus propios compañeros presenciaban horrorizados cómo el mejicano limpiaba el acero en la propia ropa del muerto.

Cerraron la estancia, apagando la luz. Emory másculló al oído de Blossom:

— En mi trato no se incluía ningún crimen, Abner. Recuérdelo.

Un encogimiento de hombros acompañó a la respuesta.

— Ahora ya no tiene remedio la cosa. Ni para usted ni para nosotros... si nos pescan. Queda el oficial y ese es quien tiene la llave de la cámara del tesoro. ¡Vamos!

Emory dudó un momento. Una brevísima fracción de tiempo durante la cual pensó en volverse atrás, pero ¿que iba a ganar con ello? Tan sólo el hecho de haberse puesto indebidamente un uniforme que no le correspondía traía aparejado consigo el máximo castigo. En Astarté eran muy benévolos con los extranjeros, mientras no se metieran con ellos. Por eso se vivía pacíficamente, porque los que delinquían eran escasos.

Suspiró y echó a andar por el corredor detrás de sus compañeros y de repente algo le vino al pensamiento. Una persona: Edna Purwance. Era raro, muy raro. Desde que saliera de la Tierra ya no se había vuelto a acordar de ella. ¿Qué haría la muchacha ahora? ¿Seguiría tan desconsolada? Pensó si en realidad se habrían amado el uno al otro. Ella, por el hecho de tener a su lado un hombre célebre, a pesar de la fama de asesino que había caído sobre su apellido. Él, porque con alguna se había de casar y a fin de cuentas, había que reconocer que Edna era toda una belleza. Tan bella... No. Lo era mucho más Arabel. Pero que sería más mujer, orgullosa, pero capaz de amar infinitamente, lo había apreciado claramente en las furtivas miradas que alguna vez la había sorprendido a ella, una vez que su corazón se rindiera. Y no pudo por menos que recordarla gratamente y lamentar que su pasado impidiera profundizar un poco más en el espíritu de aquella que había dejado horas antes en el hotel. Seguro que...

Un hombre salió de una estancia, con las manos en alto, asustado, pálido, sintiendo en sus riñones el frío del cuchillo de Martínez.

— ¿Qué es lo que deseáis? —preguntó.

— Una cosa que tienes tú. Cierta llave que va a ser la de nuestra felicidad —replicó dulcemente Blossom y el oficial palideció más aún al comprender lo que se le pedía.

— ¡No! ¡Eso no! —y a continuación emitió un gemido, ahogado instantáneamente por el brazo izquierdo de Martínez que se enroscó en torno a su cuello, en tanto que el cuchillo se le clavaba más hondo en la carne.

— ¿No? —repitió con suavidad el mejicano—. ¿No o si?

— ¡Por favor! ¡No me hagáis nada! ¡Os daré la llave!

— ¡Qué blandos son estos tipos de Astarteia! En la Tierra se hubiera dejado matar el oficial que se hubiera visto en un compromiso igual —rió Martínez.

— ¡Basta de charla! —rezongó Blossom—. Tu, Martínez, encárgate del oficial. Si hace algo sospechoso, no vaciles en atravesarle.

— Me parece, querido colega, que estas mandando demasiado. ¿No habíamos quedado en que era Winton el jefe?

— ¡Por favor! —pidió éste—. No tengo ningún interés en mandar. Estoy muy bien haciendo número. Pero ya que estamos aquí no perdamos tiempo.

Continuaron andando treinta o cuarenta metros hasta el final del amplio corredor, deteniéndose ante la puerta del ascensor que conducía a los sótanos.

— ¿Sabes manejarlo? Ten en cuenta que puedes dar la alarma para que nos pesquen, pero no te daremos el placer de contemplarlo —amenazó el mejicano, a lo que asintió mudamente el prisionero, de cuya frente corrían gruesas gotas de sudor.

Diez minutos después todos se hallaban en una estancia de vastas proporciones, en la que retumbaban sonoramente los pasos del grupo de asaltantes.

— ¿No nos oirán? —inquirió receloso el hebreo, pero el oficial lo tranquilizo con un movimiento de cabeza.

— Está construido a prueba de ruidos —dijo.

— ¡Vamos! ¡Ábrenos la puerta ya! —gruño Blossom, tan impaciente como el resto de sus compañeros, a excepción de Emory, que contemplaba curiosamente la puerta enorme, maciza, que separaba la cámara del tesoro de la antesala en que ellos se encontraban. Una puerta circular, de tres metros de diámetro, pero sin nada que indicara la existencia de una cerradura.

Martínez hubo de "disuadir” de nuevo a su prisionero que empezaba a oponer resistencia otra vez y ante el pinchazo, el oficial ya no lo dudo más.

Del bolsillo de su uniforme extrajo un tubito de unos quince centímetros de largo por uno de grueso, enfocándolo al centro exacto

de la puerta circular. El tubo llevaba en su extremo una lamparita eléctrica, que, manejada intermitentemente, en una especie de extraño Morse, iluminó un trozo del metal, en el que había instalada una célula fotoeléctrica y apenas habla terminado el oficial de manejar la llave de tan extraña factura, cuando el pesado círculo comenzó a girar suavemente sobre sus goznes, sin emitir el menor ruido.

Más que lo que aparecía a su vista, Emory contempló con curiosidad los rostros de sus compañeros. A medida que la puerta se iba abriendo, iban avanzando poco a poco, desorbitándose sus ojos y de repente comenzó la estampida.

En confuso tropel, arrollándose unos a otros, se abalanzaron sobre la entrada, disputándose el derecho de entrar cada uno el primero, sin respetar la falsa autoridad de Abner Blossom, que, a causa de su pequeñez, se quedo el último. Pero se recuperó y volvió la vista hacia atrás.

— ¡Winton! ¿Qué hace usted ahí? ¡Entre y llénese los bolsillos de oro! —y dichas estas palabras, con un brillo de locura en la mirada, se introdujo en la Cámara del tesoro.

Emory miró al oficial que tenía a su lado y le hizo un gesto con la cabeza, haciéndole entrar, a su pesar, en aquella vastísima sala, de enormes proporciones, que parecía un cilindro cortado por su eje longitudinal, con una altura de unos cuarenta metros, por otros tantos de anchura y sesenta o setenta de longitud. Y a pesar de su indiferencia, no pudo por menos de exhalar una exclamación de asombro.

No fueron los montones de monedas de oro, montones que alcanzaban rodeados por paredes de lingotes del áureo metal, alturas de diez y quince metros. No fueron las pilas interminables de ladrillos dorados. No fueron las enormes estanterías repletas de costosísimás joyas y curiosas obras de la orfebrería de aquel planetoide. No fue el tesoro, en suma, lo que hizo que Emory se quedara sin aliento. Fue una estatua.

Una estatua de oro. Colosal, enorme, gigantesca, pero llena de gracia y de vida, a pesar de sus veinticinco o treinta metros de estatura. Una estatua que parecía una mujer que hubiera aumentado súbitamente de tamaño, alcanzando colosales dimensiones, pero sin perder por ello ni un ápice de su femenina belleza. Una mujer bellísima, plena de hermosura, con los labios entreabiertos, palpitantes de vida, como si esperase un amor que estuviera a punto de alcanzar, con los brazos

extendidos en suave ademán, llamando al amado. Y Emory recordó que antes de que los terrícolas colonizaran aquel planeta, los habitantes de ésta tenían una extraña religión y adoraban a una diosa. Ahora estaba delante, pues, de la estatua que la representaba. La estatua de Melpha.

Pero sus compañeros no se habían fijado en la maravilla que era aquella obra de arte. Comprendiendo que no podían llevársela, se habían arrojado como ciegos, locos, perdida la razón, sobre los montones de oro que inundaban aquella enorme estancia. Blossom creía sin descanso, arrojándose montones de monedas, como si fuera arena de la playa. Howery, O’Hara, Aledo y Murphy se arrojaban áureos discos unos a otros, jugando como chiquillos, lanzando histéricos chillidos. Martínez estaba sentado en el suelo, teniendo entre las manos, extático, sin reparar en nada más, una estatuilla de medio metro de altura, exacta réplica de la que había en la pared frontera a la puerta de entrada, en tanto que sus labios se movían como si murmuraran incoherentes palabras.

Meneó tristemente Emory la cabeza. Era cierto que estaban en la cámara del tesoro. Era cierto que podían llevarse todo lo que pudieran cargar, pero quedaba una incógnita por despejar: la de su regreso. Y con aquella pandilla de locos no se podía esperar que atendieran a razones.

Fue de uno a otro, increpándolos, llamándolos al buen sentido, tratando de hacer que tomaran el oro que les apeteciera, pero sin perder tiempo. Tenían que marcharse cuanto antes de allí, se hartó de repetir, pero todo fue en vano. No le hicieron caso y, desesperanzado por completo al cabo de unos minutos de inútiles súplicas, no queriendo emplear medios coercitivos, se sentó en una pila de lingotes, encendiendo un cigarrillo y tratando de pasar el tiempo, en tanto que esperaba que a sus compañeros les abandonara la locura de que estaban poseídos.

No tardó en estallar la primera discusión. Murphy se harto de jugar con las monedas y saltando por encima de la pared de ladrillos de oro que contenía aquel ingente montón, se encaminó hacia donde continuaba Martínez acariciando la estatua de la diosa Melpha.

— ¡Tú, sangresucia! ¡Deja esa estatua! ¡No eres digno de tocarla siquiera!

Murphy había olvidado que bajo la indolencia aparente del mejicano se escondía una gran inteligencia y una fuerza muscular más que

regular. Cualquier otro hombre hubiera necesitado ponerse en pie para realizar lo que él hizo. Pero Martínez no pareció moverse.

Únicamente destellaron sus ojos al salir del éxtasis en que se hallaba sumido. Y luego su brazo derecho, al final del cual se hallaba la estatuita, se movió fulmíneamente.

Murphy anduvo rápido al esquivar, pero no lo suficiente para que la pesada escultura le alcanzara en un brazo, oyéndose a continuación el seco chasquido del hueso al quebrarse, a cuyo chasquido siguió al instante la retahíla de maldiciones que lanzó el herido, que se llevó la mano a la pistolera.

Inclinado como estaba todavía, su barbilla fue blanco fácil para el pie de Martínez, que ya se había incorporado. De nuevo crujió la osamenta de Murphy al serle destrozado el maxilar por la patada del mejicano, y esta vez sí que cayó sin lanzar un grito.

Emory se lanzó sobre Martínez, sujetándole el brazo armado del cuchillo:

— ¡Quieto, déjalo! ¡Ya tiene bastante!

Martínez le miro como si acabara de despertarse de un mal sueño y volvió a tomar su rostro su habitual actitud, sonriendo:

— Cierto, patrón. Me había ofuscado un momento.

En aquel momento ocurrieron dos cosas diferentes, que hicieron que todo el mundo volviera a la realidad. La puerta de entrada se cerró con un leve ruidito y antes de que los alarmados asaltantes, mirándose entre si con temor, tuvieran tiempo de cambiar una sola palabra, las luces de la cámara se apagaron, dejándola sumida en la más absoluta de las obscuridades.

Sin embargo, Emory no tuvo tiempo siquiera de encender una cerilla. De nuevo volvieron a encenderse las luces, pero esta volvieron acompañadas de un olor dulzón, nauseabundo.

Antes de perder el conocimiento, Emory tuvo tiempo de ver dos mujeres hermosísimás, y una de ellas era Arabel Allison.

CAPITULO VIII

Arabel penetró en el edificio dirigiéndose directamente al "comptoir", diciendo al obsequioso empleado que acudió a su presencia:

— Soy Arabel Allison. Deseo ver al gerente.

El empleado se inclinó murmurando unas frases corteses, yéndose a cumplir lo que le habían encargado, regresando al cabo de unos minutos con su superior, que repitió la serie de reverencias:

— ¿En qué puedo servirla, señorita Allison?

— Habrá visto usted los noticiarios televisados, ¿no?

— Sí. Y en nombre del "System Hotel" debo decir que lamentamos infinito lo que ha...

— Déjese de lamentaciones, por favor —cortó ella impaciente—: Puesto que esta usted enterado de todo lo ocurrido, no le extrañará que haya llegado a Astarteia sin recursos. Mi salida fue, digamos, un tanto precipitada.

— Entendido, señorita Allison. Nos sentimos orgullosos de poner a su disposición todos los recursos del Establecimiento. Todo cuanto usted pida le será servido inmediatamente.

— Gracias. Pueden cargarme lo que gaste en mi cuenta en el "Primer Banco Sideral". Firmaré...

El gerente hizo un gesto de horror, levantando suavemente la mano.

— ¡Por favor, señorita Allison! Es usted demasiado conocida para que tenga que garrapatear unas líneas. Nos basta con su palabra. Todo lo que necesite esta a su disposición y no tiene más que pedirlo. Confiamos plenamente en usted.

— Gracias. Muy amable. Tendré necesidad de vestidos, y como no sé el tiempo que durará mi estancia aquí, también me hará falta dinero para gastos imprevistos. Pongamos un millar de dólares.

— Muy bien. Dentro de unos minutos se los subirán a su habitación. El modisto del hotel ira a recibir sus órdenes también. La acompañarán ahora mismo.

Más tarde, descansada, aseada, vistiendo un sencillo traje de los que había elegido entre la numerosa colección que le fuera presentada, sencillo, pero carísimo, ella no lo podía usar menos —habían sido las palabras del melifluo artista de la aguja—, Arabel se estaba paseando nerviosamente por su habitación, fumando, sin apreciar el Sabor, un cigarrillo de larga boquilla. Y el objeto de Sus meditaciones no era otro que el hombre que se había despedido a la puerta del hotel.

Arabel no había encontrado hasta la fecha ningún hombre que se le pareciera. Todos habían sido empalagosamente obsequiosos con ella. ¿Con ella o con los millones que representaba su nombre? No lo podía asegurar, pero estaba mucho más cerca de la verdad afirmando esto último.

En cambio Emory Winton no se había fijado en ella mucho más que en cualquier otro miembro de aquella extraña tripulación que viajaba hacia el Planetoide 2.012. Desde aquel momento en que Emory, sintiéndose quizá nostálgico, se había explayado un tanto, contándole parte de su historia, no había vuelto a sostener una conversación confidencial. No habían hablado más que lo imprescindible para la vida en el reducido espacio en que forzosamente habían tenido que desarrollarla, o cuando más, generalidades, banalidades sin sentido alguno. Todos sus esfuerzos por arrancarle alguna palabra más sobre su intimidad, sobre su pasado, habían sido estériles. Y precisamente esa indiferencia, esa actitud, si no esquiva, sí de no considerarla de otra forma que si fuera una mujer más, habían hecho que se sintiera atraída inevitablemente hacia el hombre.

Arabel pensó que quizá era el pasado tormentoso del héroe lo que la había atraído. Pero, ¿sería verdad que Emory Winton pudiera haber asesinado? Cierto es que había sido expulsado de la Policía Sideral, pero no era nada extraño que un agente del espacio, en lucha con algún infractor de las leyes, matase a este y no ocurría nada de particular. ¿Por qué, pues, a Emory se le había arrojado como a un perro rabioso? ¿Había realizado un acto particularmente repugnante? Estas eran interrogantes que Arabel no supo responderse cumplidamente.

Volvió a encender un cigarrillo, deteniéndose un instante. Le pareció ver ante sí el varonil rostro del hombre que la había llevado hasta allí, en contra de sus deseos; un rostro en el que tenía perpetua estancia la tristeza, y de repente, sin poderse contener, se echó a reír con una risa breve, seca, semihistérica. ¿Por que se estaba preocupando tanto por un hombre al que ya no volvería a ver más, con toda probabilidad? Antes de una semana estaría en la primera espacionave de viajeros

que regresara a la Tierra y se olvidaría de que había conocido a alguien llamado Emory Winton.

Pero apenas había llegado a esta conclusión cuando se quedó inmóvil, extatica, sin darse cuenta siquiera del cigarrillo que ardía en sus dedos. ¿Estaba segura de que lo olvidaría en seguida? Y de repente vio la luz en medio de la obscuridad, lo blanco en mitad de la negrura, el brillo del oro en la sucia arena. ¡No! ¡No lo olvidaría! ¿Cómo lo iba a olvidar si su recuerdo se le había metido en lo más hondo de su corazón?

El fogonazo de la revelación iluminó bruscamente los grises tonos que hasta entonces se había desenvuelto su vida. ¡Estaba enamorada! ¡Estaba enamorada! Y se repitió a si misma mil veces la palabra. Ahora lo sabía. Todos aquellos vagos anhelos, todas aquellas difusas reacciones no tenían más que un fin: su amor por Emory Winton. Suspiró gozosa, feliz por la revelación que acababa de hacerse a si misma. Ella se lo diría, le ofrecería su amor, su vida, porque Emory, estaba segura, no se atrevería a decírselo. Pero el difunto O'Ready había tenido razón y una vez que tenía la felicidad al alcance de su mano no la iba a dejar escapar tan fácilmente. Haría que el hombre la quisiera. Su belleza, se miró satisfecha ante el espejo, girando despacio para admirarse a sí misma, orgullosa de la perfección de sus líneas, sería el arma decisiva, complementada con su inmensa fortuna. Se casarían, viajarían por todo el sistema en luna de miel, irían donde el quisiera.

Pero súbitamente la detuvo un amargo pensamiento. ¿A qué había ido Emory a Astarteia? ¿Por qué, un hombre de su medida, había consentido en unirse a media docena de tipos de tan repulsiva calaña? Blossom, pareciendo una cobra, dispuesto a soltar en cualquier instante su mortífera picadura. Martinez, con el cuchillo mucho más fácil que la lengua y era un rato hablador. Howery, O'Hara, Clinton, Murphy, todos con su profesión claramente retratada en los innobles roStros... ¿Qué objeto los había traído al planetoide?

Durante unos momentos se quedó nuevamente quieta, inmóvil, con los ojos cerrados, recapacitando en todas las palabras de las conversaciones que oyera. Se le hizo raro que en alguna ocasión, al entrar ella en la cámara donde se reunían los hombres, cesaran súbitamente de hablar sobre el tema de que trataban. Entonces le habla parecido que conversaban sobre cosas no aptas para sus oídos, pero ahora comprendía algo... ¿Algo? Una frase de Blossom se le hizo particularmente sospechosa. Entonces no la dio importancia, pero ahora... Fue cuando Pottock muriera expulsado por el vertedero al espacio. "¡Por amor de Dios, Martínez! ¿Qué has hecho? ¡Dos bajas ya! ¿Cómo nos las vamos a arreglar para robar el oro!”

¿Qué oro? Durante unos momentos Arabel se devanó los Sesos hasta que la luz se hizo en su mente. Lo comprendió todo en un momento. ¡El oro de la reina Melphys! No podía ser otra cosa. El tesoro fabuloso del que se hablaba en todo el sistema cuando se pretendía hacer alguna comparación. "¡Ni por todos los tesoros de Astarté...!” Y se llevo la mano angustiada a la garganta, pugnando por contener el grito de angustia que quería brotar. ¡Emory iba a robar aquel tesoro! Pero estaba cuidadosamente guardado y los prenderían. Morirían. No había más que una pena en Astarteia, una muerte horrible. No se sabía cual, pero los rumores hablaban de algo fantástico, algo de que en los demás planetas no tenían la menor idea.

¡Y Emory Winton, su amado, se encaminaba hacia esa espantosa muerte!

Pero ella lo impediría. Avisaría a la reina Melphys y a cambio pediría la vida del amado. No dejaría que muriera. Aunque para rescatarlo tuviera que emplear toda su inmensa fortuna. ¿No decían que la reina Melphys amaba solamente el oro? Lo tendría, pero haría que viviera Emory.

Y presa de cruel incertidumbre, manipuló frenéticamente en el botón de contacto del televisófono.

La cara del soñoliento operador de turno apareció en la pantalla:

— ¿Diga?

— ¡Póngame con... ¡No! ¡Escuche, pídame un reactaxi inmediatamente! ¡Es muy urgente!

— Al momento, señorita Allison.

… …

Emory Winton vio, al abrir los ojos, dos mujeres. Las mismas que al perder el conocimiento. No se extraño de que una de ellas fuera Arabel. Pero a la otra no la conocía.

Es decir, no la conocía personalmente. Pero aquel cabello que parecía una llama viva, aquellos ojos que eran dos esmeraldas talladas de vividos fulgores, aquella boca enérgica, aquella esbeltísima figura usando el clásico peto de oro labrado, en tanto que el resto del cuerpo iba vestido de sutiles y flotantes cendales, era harto repetido en los televisados para que no supiera al instante que no podía ser otra mujer que Melphys, la reina de Astarté, dueña y señora de todas las vidas y las haciendas de los habitantes del planetoide.

Emory no se preocupó de preguntar dónde estaba. Ni siquiera se movió, porque supuso que desde el primer momento estaría fuertemente atado. Pero supuso mal.

No había mucha gente acompañando a Melphys. Media docena de soldados de su guardia, al mando de un oficial, empuñando con firmeza los cortos fusiles radiantes, que hacían desaparecer un hombre con sólo la leve presión de un dedo, en menos de un segundo. Ante aquellos hombres no cabía hacer la menor resistencia, y Melphys no se había molestado en hacer que lo ataran.

Se incorporó en el lecho en que yacía al oír hablar a la reina. Melphys era indudablemente hermosa. Podía resistir perfectamente la comparación con Arabel, que estaba a su izquierda, pero se advertía claramente que la mujer que gobernaba férreamente el astro había cumplido ya los treinta y cinco años. No obstante su voz era extrañamente fresca, juvenil, tintineante como aquellas monedas que

habían dejado tal como encontraran.

— ¿Qué es lo que has venido a hacer aquí, terrestre?

— ¿No lo has visto? —dijo—: Tratábamos de llevarnos tu oro.

La voz de ella podría ser suavemente acariciadora, pero las palabras hacían estremecer. Incluso a Arabel, que no tenía por qué temer.

— ¡Mientes! ¡Mientes como un perro, Emory Winton! ¿Crees que no sé a que has venido a Astarteia? ¡Confiésalo, dilo!

El tono del interrogado era sereno, pero sorprendido:

— No se a que te refieres, reina Melphys. Ya te he dicho a qué vinimos. Ignoro que es lo que quieres decir con tus palabras.

Sonó una leve carcajada:

— ¿Crees que soy tonta o ilusa? ¿Crees que ignoro que el robo del oro no es más que un pretexto para...? Me gustaría convencerte de que lo mejor para ti es que hablaras claramente.

Emory iba la abrir la boca, pero se le anticipó Arabel, dirigiéndose a la reina:

— Melphys, si de algo pueden servirte mis palabras, si crees en la que te avisó tan oportunamente, te diré que estos hombres vinieron únicamente a robar tu oro. No sé que misterioso asunto puede ser ese que tratas de averiguar, pero si te aseguro solemnemente que durante todo el período que tardamos en llegar a Astarteia ni una sola palabra de doble sentido se cruzó entre Emory y sus hombres. Tan sólo en una ocasión, el hebreo mencionó el oro.

Pareció quedar sorprendida la reina, pero antes de que hablara, Emory, llameantes los ojos, ardiéndole el rostro de ira, gritó:

— ¿Tú? ¿Has sido tú quien descubrió nuestros planes, traidora? ¿Es ese el agradecimiento que te he inspirado por haberte salvado de los que iban a secuestrarte o hacer contigo quizá algo peor?

Extendió Arabel sus manos, suplicante, medio arrodillándose:

— ¡Por favor, Emory! ¡Lo hice por tu bien! ¡La reina me prometió tu vida a cambio de la información! Tengo su real palabra.

La respuesta de el fue muda, pero altamente elocuente. Escupió en

dirección a la muchacha, que retrocedió un par de pasos, incorporándose, en tanto que una mortal palidez se extendía por todo su rostro, al ver la acción despreciativa y ofensiva de que había sido objeto:

— ¡Emory, Emory! ¡Lo hice por tu bien! ¡Te…! —vaciló y ahora si que el rubor cubrió su cara—: ¡Te quiero, Emory! ¡No podía consentir que murieras! ¡Por favor…!

No la miro el al hablar. Sus ojos se clavaron en la reina, interrogándola:

— ¿Forma parte de mi condena tener esa mujer delante de mi? —sonrió desdeñosamente.

Melphys se acarició cuidadosamente un pendiente. Una sonrisa distendió sus carnosos labios al decir:

— ¡Pues sí! ¡No había pensado en ello! ¡Quizá me sea útil, más de lo que yo pensaba! De esta forma puede que sepa la verdad. Pero guardaré a tu fiel enamorada como último recurso. Tu tienes que saber muchas cosas que a mi me interesa averiguar.

Un encogimiento de hombros fue la contestación de Emory:

— No sé si sabrás que ya hace unos cuantos años que fui expulsado de la Policía Sideral. Por lo tanto no estoy enterado de nada, absolutamente de nada, ¿lo comprendes?

— Puede que si, puede que no —dijo Melphys volublemente—: Vamos a ver. Quisiera imbuir en tu testarudo cerebro la idea de que lo mejor para ti sería que contestases con la verdad. Quizá de esta manera salvases la vida.

Arabel se adelantó, casi gritando:

— ¡Me prometiste su vida, reina Melphys! ¡No lo olvides! ¡Tienes empeñada tu palabra y la de una reina de Astarté es sagrada! ¡Tus propios súbditos te maldecirían si supieran que has quebrantado una promesa tuya, cualquiera que sea!

— Tienes razón, ¡oh impaciente enamorada! Mi palabra es sagrada. Tendrás la vida de tu amado. Es fuerte. Resistirá bien, pero concluirá hablando —fueron las enigmáticas palabras de Melphys.

— Sé que aquí no os gusta emplear la máquina de la verdad. Todavía

os sentís medievales —dijo Emory—, pero ningún tormento lograra arrancarme una palabra del cuerpo que no sea las que ya dije anteriormente.

— Tienes razón. La máquina de la verdad me lo haría saber todo en seguida, pero, ¿sería divertido? Me aburre infinitamente usar un aparato que todavía nosotros, tan atrasados, consideramos diabólico. Tenemos otros medios para desatar las lenguas, Emory Winton, y la fe que, aunque poco usados hasta ahora, han sido siempre eficacísimos. Tú lo podrás comprobar dentro de muy poco tiempo.

Arabel no pudo contenerse más. La ira de saberse burlada, el temor de la suerte que pudiera correr su amado, fueron más fuertes que todas las consideraciones. Hirvió su pecho de cólera:

— ¡Traidora! ¡Perra traidora! ¡Te llamas a ti misma reina, pero no eres más que una hiena sedienta de sangre!

Los ojos de Melphys se abrieron desmesuradamente. Jamás en su vida había sido tratada de esa manera. Ni siquiera por el más audaz de los terrestres que tenían sobrada fama de irrespetuosos con las personas y las instituciones, pero aquello sobrepasaba ya la raya. Abrió la boca, pero en el mismo momento Arabel se le echó encima.

Tratándose de mujeres no era lógica una lucha a puñetazos. Por otra parte Arabel había estado siempre ocupada, primero con sus libros y más tarde con sus explotaciones, para no haber practicado deportes más que en esporádicas ocasiones. Por lo tanto, el primer tirón de pelos derribó por el suelo a la sorprendida Melphys, sobre la que cayó la enfurecida Arabel, golpeándola y tratándola de rayarle el hermoso rostro con sus afiladas uñas.

Emory quiso intervenir por un momento, pero pareció pensárselo y se detuvo, contemplando la lucha divertido. El oficial y los soldados de la guardia estaban quietos, atónitos, inertes ante la tremenda sorpresa que estaban recibiendo, y en los breves instantes que duro la lucha, las dos mujeres rodaron por el suelo, golpeándose, arañándose, chillando hasta dañar los tímpanos e insultándose mutuamente, dominando, sin embargo, la situación Arabel, que por un momento quedó a horcajadas sobre el cuerpo de su enemiga y se dispuso a golpearla en el rostro con el puño cerrado.

Esto ya no lo pudo conseguir. El oficial y sus hombres, saliendo de su estupefacción, se abalanzaron sobre ella, y no Sin esfuerzo consiguieron separarla del cuerpo de su reina, la que se levantó al

instante, palideciendo y enrojeciendo en rápida sucesión, mientras que sus ojos temblaban de cólera:

— ¡Fusiladlos! —gritó histéricamente—: ¡Fusiladlos a los dos! ¡Ahora mismo! ¡Quiero ver cómo desaparecen en un instante!

Emory fue arrancado de su lecho y arrojado contra la pared, en la que ya habían colocado a Arabel, despeinada, brillantes los ojos y encendido el rostro por la excitación, pero sonriente por tener a su lado al hombre amado. Se abrazo contra él, murmurando:

— No sé si me querrás o no, Emory, pero me siento feliz así, a tu lado. Este instante de realidad me valdrá por toda una vida junto a ti.

Vaciló Emory:

— Te he insultado antes. Te traté como a una...

Tapó ella la boca del amado con su mano:

— Me lo merecía. Pero no hablemos más —se oían las voces de mando del oficial al hacer evolucionar a sus soldados para formar el cuadro —: ¡Bésame, Emory! ¡Nos quedan muy pocos momentos de vida!

— ¡Apunten!

Pero ellos no lo oyeron. Sus labios estaban unidos y solamente vivían para aquel maravilloso momento, absortos en todo lo que no fuera su amor.

— ¡Alto! ¡No disparéis!

La voz de Melphys saco de su éxtasis a los enamorados. Miraron ambos hacía la reina que había recompuesto un tanto su revuelto tocado y que sonreía satisfecha.

— ¡Qué lástima! —susurró Arabel—: ¡Con lo bien que me encontraba ahora! —y ronroneando como una gata se aproximó todavía más a Emory que la rodeaba los hombros con su brazo, en tanto que hasta sus oídos llegaban las palabras de la reina:

— No. Una muerte instantánea sería demasiado rápida. No me divertiría nada. "Horror XXI" estará hambrienta sin duda alguna. Hace tiempo que no come.

Se estremeció Arabel ante las incomprensibles palabras de Melphys. Presintió, sin entender lo que ésta quería decir, algo horrendo, sin

nombre, alguna pesadilla viva, nunca imaginada. Quiso gritar, más la voz no le salió de la garganta.

Movió la reina lentamente la cabeza y los soldados se apoderaron de la pareja, conduciéndolos a una estancia inmediata en la que, sus ojos fueron lo primero que vieron, había un estanque circular de unos quince o diez y seis metros de diámetro.

Ni Arabel ni Emory pudieron contener una exclamación de asombro, de espanto al ver aquella cosa que apenas se movía, pero llena, no obstante de vida, de una vida horrible. Y Melphys, satisfecha por la impresión recibida por sus prisioneros, dejó ver el brillo de su perfecta dentadura al sonreír:

— ¿Qué os parece "Horror XXI"?

CAPÍTULO IX

Una puerta situada enfrente se abrió y Blossom, Martínez, Howery y el resto de los hombres capturados entraron, escoltados por unos cuantos soldados que empuñaban armas de idéntico modelo a las que habían estado a punto de ser usadas contra ellos. Pero tanto Emory como Arabel, estupefactos ante la visión que estaban presenciando, no se dieron cuenta apenas de la entrada de sus compañeros, como así mismo del hecho de que, a excepción de un breve "slip", sus cuerpos estuvieran desprovistos de toda ropa.

Los ojos de la pareja estaban fijos en aquella mása globulosa, de color pardusco claro, semitransparente, de unos cuatro o cinco metros de diámetro, que flotaba perezosamente en medio de un viscoso líquido amarillento, pero completamente translúcido, moviéndose imperceptiblemente en el medio acuoso, dejando ver en los bordes de su carnosa estructura una infinita serie de filamentos blancos que se agitaban suavemente, en tanto que aquello se desplazaba lentamente hacia el lugar en que se encontraban junto a la reina y sus soldados.

Emory contempló terriblemente estupefacto aquella cosa sin nombre.

— Fantástico ¿no? ¿Quién diría que tu cuerpo como el mío, como el de todos, esta formado por billones, por trillones quizá de seres como

este?

La luz se hizo instantáneamente en la hasta entonces obscurecida mente del hombre y no pudo reprimir su exclamación:

— ¡Una célula!

— Exacto —volvió a sonreír Melphys—. Tú lo has dicho. Una plástida.

— Pero... pero eso ¡es imposible! —tartamudeó Emory.

— Era. Ahora, ya puedes verlo por tus propios ojoS. "Horror XXI" es una afortunada creación del mejor de mis biólogos que trabajó durante larguísimos años hasta llegar al resultado que podéis apreciar. Lleva ese número porque ese fue el suyo en la serie de experimentos que dieron origen al nacimiento de "Horror". Le costó mucho, pero Shyryk era tozudo y lo consiguió al fiñn. Lo malo es que la hija se comió al padre. Era bastante distraído; un día, perdió pie, queriendo examinar su creación más de cerca y... bueno, ¿para que explicároslo si lo vais a ver en seguida? Tengo aquí uno de vosotros con el cual no me podré divertir de otra manera que viendo cómo sirve de alimento a la célula. Hace ya bastante tiempo que esta a dieta.

Los ojos de Emory y Arabel se desorbitaron comprendiendo en parte las malignas intenciones de Melphys. El primero quiso arrojarse sobre la reina, en un brusco arrebato de cólera, de furia incontenida, pero antes de que pudiera dar dos pasos fue sujetado sólidamente por los soldados que tenía a su espalda. Y entonces Melphys hizo un leve gesto.

Murphy, el desgraciado Murphy, fué empujado hacia adelante. Mostraba en su desencajado rostro el espanto de que se veía poseído al ver la horrible suerte que le estaba destinada, lo cual le hacía olvidar los agudos dolores que sentía en la mandíbula y el brazo fracturados a consecuencia de los golpes de Martínez y que nadie se había preocupado de curárselos. Sostenido por dos soldados, que lo arrastraban a su pesar, lanzando agudos chillidos, voló un instante por el aire antes de chapotear en el líquido amarillo en el que flotaba la gigantesca célula.

Un penetrante olor, ácido y picante al mismo tiempo, se elevó del enorme recipiente, extendiéndose por toda la habitación. Se alargaron los blancuzcos y finísimos tentáculos de la plástida, un grupo de los cuales atrapó por una pierna al desgraciado, atrayéndolo hacia sí a pesar de los desesperados esfuerzos de éste. Luego, más y más hilos serpenteando en infinito número lo envolvieron, sumergiéndolo en el

líquido, que era el medio vital para la célula, acallando los horrorosos gritos, en tanto que a continuación Murphy era atraído hacia su interior, lo que se pudo apreciar perfectamente a causa de la transparencia de ésta.

A pesar de que estaba en el interior, rodeado su cuerpo por todas partes, Murphy aún se agitó durante unos segundos, comunicándose sus frenéticos movimientos a la plástida, que onduló levemente, pero recobrando su casi inmovilidad muy pronto. Y luego, cuando Murphy dejo dé agitarse, empezó a verse un curioso fenómeno.

Su cuerpo empezó a borrarse. Empezó a difuminarse, como si estuviera dibujado y alguien pasara un paño húmedo por encima de el. Como si estuviera convirtiéndose en un hombre invisible.

— "Horror XXI" esta haciendo la digestión —dijo Melphys con toda placidez, sin dejar de mirar el espantoso espectáculo.

El cuerpo de Murphy desapareció en pocos minutos. Primeramente fue la carne la que, al desvanecerse, dejo al descubierto su esqueleto. Luego, los huesos fueron atacados también por el formidable poder de la célula, siendo absorbidos igualmente al mismo tiempo que la cosa parecía aumentar de tamaño. Después comenzó a ondular, a agitarse levemente, con un ritmo sostenido y al fin, los cortos pantalones que había usado Murphy fueron expulsados de su interior, no digeridos por la plástida.

— Son de tejido metalico —sonrió fríamente la reina—: Por eso no los puede aprovechar.

— He visto horrores durante mi vida —declaró fríamente Emory, mirando a Melphys con dureza—: He presenciado cosas espantosas. Esta es una de ellas. Pero ninguna de ellas puede compararse a tu alma, reina Melphys. "Horror XXI" es cien veces mejor que tú. A fin de cuentas no tiene conciencia. Tú tienes todo lo contrario. Eres fría, eres inhumana. Eres… —calló Emory jadeante.

— ¿Has terminado? —preguntó ella sin inmutarse.

— Sí. He terminado, porque toda una vida que dedicara a decirte cosas como las que acabas de oír, no sería bastante.

— Basta ya. Son de agradecer tus elogios —ironizó Melphys—, pero todavía no hemos hecho más que empezar —y movió levemente la mano.

Los soldados debían estar instruidos, porque Martínez y Howery fueron empujados hacía adelante, en tanto que otros colocaban una especie de pasarela sobre el círculo del estanque. Una tira de vidrio de unos diez centímetros de anchura, en el centro, formando un precario puente, a cada uno de cuyos lados fueron colocados el "gangster" y el mejicano.

— Va a ser un bonito duelo —comentó Melphys—: Cuchillos radiantes. No hace falta más que un leve contacto para que sea una segura condena a muerte. En estos casos lo mejor es clavárselo del todo y concluir rápidamente. De la otra forma se sufre mucho.

Un cuchillo de extraña factura había sido entregado a cada uno de ellos. La forma era la corriente en la empuñadura con guardas en forma de cruz, pero la hoja, de unos treinta y cinco centímetros de longitud era verde, de un verde brillante, intenso, como sí el metal estuviera incandescente. Y ambos hombres fueron empujados hacía el puente de vídrio, debajo del cual estaba la célula, agitando incesantemente sus filamentos, cual sí presintiera un nuevo banquete.

No obstante, antes de poner Martínez el pie en la pasarela, se volvió hacía Melphys, sonriendo tranquilamente y haciendo una profunda inclinación:

— Te doy las gracias, reina. José Joaquín Martínez de Arenaza y Olózaga te expresa su más profundo agradecimiento.

Melphys arqueó una ceja. Esperaba que se hubieran desatado en injurias hacía ella y en lugar de esto, aquel hombre mostraba un profundo reconocimiento.

— ¿Por qué? —preguntó.

— Me has dado la ocasión de vengar una injuria —y apenas había hablado, se volvió, continuando hacia Howery—: Sol, vamos a ver cual de los dos tiene la sangre más sucia.

Martínez no necesitó que nadie le empujara hacia la viga de vidrio. Howery, en cambio, estaba aterrorizado, espantado, palidísimo, cayendo de su frente enormes gotas de frío sudor y únicamente la amenaza del soldado que tenía a sus espaldas, con una larga lanza, de hoja similar a la del cuchillo, fue lo suficiente para que se decidiera a avanzar sobre aquel estrechísimo pasillo, a cuya natural dificultad de la poca anchura se unía el hecho de que se combara levemente, cimbreándose elásticamente.

Avanzaron ambos contrincantes, dejándose escuchar la voz de Melphys:

— Aquel de vosotros que salga indemne del combate, tiene garantizado mi perdón.

Aparte de la estrechez de la tira de vidrio, el hecho de que cediera con los movimientos de los luchadores, hacía que más que pelear, procurasen éstos conservar el equilibrio. No obstante, Martínez tenía una ofensa que vengar y fue el primero en descargar el golpe.

El miedo a la horripilante cosa que tenía bajo sus pies puso agilidad en los miembros de Howery. Paró el viaje del cuchillo del mejicano, esquivándolo, aunque tuvo que retroceder un par de pasos, abriendo luego los brazos para conservar la estabilidad perdida durante un instante. Pero a continuación tuvo que retroceder más y más.

Tuvo que detenerse a la fuerza cuando sintió en sus espaldas la leve nota de calor que desprendía la punta de la lanza que casi le rozaba la espalda. Su frente se cubrió de gruesas gotas de sudor al echar una rápida mirada a sus pies y ver que la plástida se había movido en aquella dirección, como si su instinto puramente animal la indicara que allí tenía comida segura.

Pero aquella lucha no podía durar mucho y fue forzosamente breve. Constreñidos al pelear en un espacio pequeñísimo, era inevitable que uno de los dos gladiadores, a su pesar, fuera alcanzado tarde o temprano, y del brazo izquierdo de Howery comenzó a correr la sangre al intentar parar una cuchillada de Martínez.

Lanzó un alarido de temor, de espanto, de ira, al sentirse herido. Ya no tenía salvación. Aunque matara a su contrincante el mismo tenía la muerte segura. Una horrible muerte en medio de espantosos sufrimientos que nada ni nadie podría evitar.

Pero a éste la idea de vengar la injuria recibida no le había obscurecido la claridad de pensamientos. Cuando Howery lanzó su golpe final, Martínez hizo una súbita flexión de sus piernas y el cuchillo pasó inofensivamente por encima de su cabeza, al mismo tiempo que su brazo derecho se alargaba.

Howery sintió un calor ardiente que penetraba en su cuerpo. Una sensación de candente quemadura que se le extendió instantáneamente por todo su organismo y se notó perdido, perdido irremisiblemente. Lanzó un aullido feroz y su arma cayó al líquido amarillo al perder los dedos que la sujetaban toda su fuerza,

levantándose una nube de vapor al chirriar el metal incandescente. Luego, una nube de gotas se elevó cuando el cadáver de Howery siguió a su cuchillo, en tanto que la plástida sorbía glotonamente su segunda dosis de alimento.

Martínez se volvió sonriente hacía los espectadores. Pero su mano izquierda oprimía el costado y por entre sus dedos se deslizaban unos hililIos de sangre.

— ¡Gracias! Gracias, reina Melphys. Ahora el honor de los Martínez está a salvo. Es decir, lo estará ahora...

Su brazo derecho se echó hacia atrás, armado del cuchillo que no había dejado de empañar y a continuación éste voló hacía el pecho de la cruel mujer. Pero Martínez había perdido fuerzas a consecuencia de la herida recibida y Melphys tuvo tiempo de esquivar fácilmente el arma.

Una lanza cortó el aire y quedó vibrando en el cuerpo del mejicano, que lanzó un quejido.

Todavía tuvo fuerzas para en un supremo esfuerzo arrancarse el arma que tenía clavada, notándose claramente la contracción de dolor que le deformó el rostro, en tanto que de su pecho salía un torrente de sangre. Las últimás fuerzas fueron gastadas en caer con el arma de punta hacia aquel horrible ser que parecía aguardarlo, alargando sus filamentosos tentáculos.

Emory gritó excitado, creyendo perder la razón ante las inhumanas escenas que habla presenciado:

— ¡Eres peor que las mismás fieras, Melphys! ¡No eres más que una bestia ávida de sangre!

La reina reaccionó de un modo completamente distinto al que todos esperaban. Por un momento temieron que mandara arrojar al atrevido al estanque en el que "Horror XXI" continuaba indiferente, digiriendo los cuerpos que ya tenía englobados. Pero Melphys no hizo nada de eso.

Onduló hacía el hombre que acababa de pronunciar tan duras frases y que, sujeto por los soldados, no podía moverse apenas. Se aproximó a el y le acarició suavemente el rostro:

— Me haría falta un hombre como tú, Emory Winton. Debe ser maravilloso sentirse amada por ti —y luego se volvió hacia la otra mujer—: ¿No te sientes feliz, Arabel Allison? ¿No es algo espléndido el cariño como el de tu Emory?

— No me sentiré feliz más que cuando te haya perdido de vista, Melphys.

— Creo que sera muy difícil que me pierdas de vista —murmuró la reina un tanto enigmaticamente.

— ¡Me prometiste la vida de Emory!

— Te prometí que tu amado conservaría la vida. Pero me olvide de decirte que tendría que ganársela.

Arabel abrió los ojos desmesuradamente.

— ¿Que piensas hacer con Emory? —preguntó Arabel, pero el interesado se anticipó a la respuesta de Melphys.

— No debes preocuparte por mí, Arabel. A fin de cuentas todo esto me

ocurre por mi culpa.

— ¡Emory, Emory! —gimió ella, abrazándole apasionadamente—: ¡Tengo miedo! ¡No lo puedo remediar! ¡Me siento horriblemente temerosa por tu vida!

Una sarcástica risa resonó en la estancia.

— ¡Conmovedor espectáculo! ¡Pero ya hemos perdido demasiado tiempo! ¡Conducidlos a todos a las arenas ciegas!

Se miró la pareja sin comprender las misteriosas frases de aquella despiadada mujer. Pero los soldados que sujetaban a Emory se lo llevaron a pesar de la resistencia opuesta por Arabel, a pesar de las súplicas de esta, sin hacer el menor caso de sus gritos y de sus llantos, y unos minutos más tarde, Emory se encontraba en una estancia de reducido tamaño, lisas absolutamente las paredes, sin otra irregularidad que el ligero abombamiento de la luz del techo, junto con Blossom, O"Hara y Aledo, únicos supervivientes hasta entonces.

— Éramos nueve y ya sólo quedamos cuatro —murmuro alguien amargamente.

— ¡Este maldito judío tiene la culpa de todo lo que nos esta ocurriendo! Antes de empezar siquiera, ya habían muerto Bell y Pottock. Les han seguido Howery y Murphy, además del mejicano. Veremos a ver que es lo que nos reserva esa fiera que tienen aquí por reina —gruñó Aledo.

Así pasó un largo espacio de tiempo. Una serie de horas que ninguno de ellos hubiera sido capaz de medir, y cuya serie se cortó bruscamente al ser abierta la puerta con violencia, dejando ver un grupo de soldados armados hasta los dientes, cuyo oficial pronuncio una sola palabra:

— ¡Seguidme!

CAPÍTULO X

Arabel estaba al lado de la reina, tras la cual se hallaban un número

igual de soldados al del grupo que hizo irrupción en la estancia escoltando a los cuatro hombres prisioneros, cubiertos únicamente sus cuerpos por aquel reducido "slip". Y Emory vio claramente cómo su amada se llevaba las manos al pecho, como queriendo contener un corazón que trataba de escaparsele. No pudo evitar, un gesto instintivo: la arrojó un beso con la punta de los dedos, al mismo tiempo que sonreía ligeramente. Después, su atención quedó fija en la construcción semiesférica de transparente vidrio, de unos cinco o seis metros de diámetro, que se hallaba en el centro de la vasta sala.

El suelo era de finisíma arena y en uno de sus lados, precisamente el que se hallaba frente a Melphys, había una puerta, abierta en aquellos momentos. La reina hizo un gesto y un soldado de los que tenía detrás avanzó hacia los cautivos entregándole a cada uno un cuchillo de templado acero, sin nada anormal en su hoja.

— Uno de vosotros cuatro podrá vivir. El más hábil. El más audaz o... el que tenga más suerte.

— Es inútil que te recuerde otra vez que estás violando tu palabra, Melphys —insistió Arabel una vez más, pero la reina se encogió de hombros, indiferente, prestando únicamente atención a la lucha que iba a tener lugar dentro de breves instantes.

Emory se sintió empujado, con el resto de sus compañeros, al interior de aquella cúpula, advirtiendo al momento el seco ruido de la puerta al cerrarse tras sus espaldas y apenas había ocurrido esto, cuando comprendió la razón de que Melphys llamara a aquel lugar las arenas ciegas. ¡La oscuridad más absoluta, completamente impenetrable, como si se hallase en un vacío sideral del cual faltaran repentinamente todos los astros, le había envuelto! Transparente visto desde el exterior, perfectamente visible lo que ocurría dentro de la semiesfera, pero sin que los que se hallaban en su seno pudieran ver absolutamente nada, como si les hubieran vendado los ojos.

Las arenas podían ser ciegas pero no mudas, porque juntamente con el grito de supremo horror de Arabel, llegaron a sus oídos las risas de la soldadesca que parecía disfrutar de lo lindo con el espectáculo. Y el grito de la muchacha pareció como si le advirtiera del peligro que corría porque instintivamente se arrojó al suelo, notando una jadeante respiración y el golpe seco de un cuchillo contra la vítrea pared.

Emory quería conservar su vida. Le repugnaba hacer lo que estaba haciendo pero no tenía otro remedio. Apenas se había dejado caer al suelo, notando que su desconocido adversario había errado el golpe

cuando medio se incorporó y alargó su brazo con todas sus fuerzas en dirección al lugar de donde procedía el jadeo.

Una exclamación abogada resonó, ahogada más por los gritos de los espectadores que por la impresión que acababa de recibir el que había sido herido, pero ninguno de esos ruidos fue capaz de ahogar el escalofriante sonido de los huesos al crujir cuando Emory, retirando el arma, avanzando el brazo izquierdo a ciegas para contener un posible golpe, repitió su acción, atravesando carne, músculos y huesos con tremendo ímpetu.

— ¡Oh! ¡Ya... basta! ¡Ya es... más que... suficien...!

Era Aledo. Emory lo conoció por la voz que se quebró súbitamente.

Emory notó húmedo el cuerpo de su rival antes de que este se deslizara hasta el suelo y pensó que era el sudor propio de la excitación. Hizo un esfuerzo, menor de lo que él pensaba, desprendiéndose de aquel lastre, que cayó quejándose débilmente, en tanto que, por el sonido cada vez más apagado, notaba que Aledo se contorsionaba en los espasmos de la agonía.

Notó que la sangre le corría por el brazo, pero el mismo dolor le indicó que era un corte superficial, más aparatoso que verdaderamente peligroso, y extendió la cabeza, tratando de captar los ruidos del interior de la cúpula, cosa harto difícil puesto que las conversaciones en voz alta y las risotadas de los soldados, hechas exprofeso para desorientar a los combatientes, se lo impedían.

Permaneció quieto largo rato. Sintió que la sangre parecía manar más lentamente, en tanto que su corazón aumentaba sus pulsaciones por la tremenda emoción del momento. Procuró, sin embargo, normalizar su respiración. Los jadeos habían sido la causa de la muerte de Aledo y aquello le había servido de valiosa experiencia.

Súbitamente, crispándole los nervios, un alarido inhumano se elevó sobre todos los demás rumores. El alarido se volvió a repetir y Emory tuvo la sensación de que uno de los otros dos combatientes acababa de recibir el segundo golpe, que debió ser el definitivo, porque se cortó bruscamente en un horrible gorgoteo y a continuación sonó el leve ruido del choque de un cuerpo contra la arena.

Arabel pensó que si sobrevivía a aquellos horrores, nada la podría espantar en lo sucesivo. Vio cómo su amado se salvaba de su primer enemigo, de un modo que ella calificó de casi milagroso. Vio caer otro de los hombres, con dos espantosas heridas, una en el vientre y otra

en la garganta, de oreja a oreja. Y luego, extrañándose de verse en pie, sin perder el conocimiento, presenció la horrible y definitiva escena: Emory y Blossom acuchillándose sin piedad, hasta que el hebreo cayó cuan largo era, cubierto de sangre de pies a cabeza, estremeciéndose convulsivamente hasta quedar inmóvil.

Arabel vio cómo vacilaba su amado. Vio cómo este se acercaba a la puerta que le era abierta por uno de los soldados y, tras caminar unos pasos, dejando impresas en el suelo las rojas huellas de sus pies, se vencía hacia adelante, cayendo al perder la conciencia de cuanto le rodeaba. Intento arrojarse hacia él, pero un grito de Melphys se lo impidió:

— ¡Sujetadla! ¡No la dejéis moverse!

Emory notó que una mujer se inclinaba sobre el, murmurando amorosas palabras:

— ¡Mi héroe! ¡Has salvado tu vida! ¡Vivirás siempre a mi lado! ¡Te haré rey de Astarté! ¡Oh, eres el único que has logrado conmover mi corazón!

Pero en el mismo instante, la escena cambió totalmente de signo. Emory se incorporó de un salto, sujetando a la desprevenida Melphys por el talle, en tanto que la punta de su cuchillo que, previsoramente, no había dejado de empuñar, se apoyaba ominosamente sobre el cuello de cisne dela mujer.

— ¡Soltad las armas! ¡Vivo! ¡Vivo o degüello ahora mismo a vuestra reina!

Durante un segundo los soldados permanecieron como paralizados. Algunos reaccionaron casi al instante, dejando caer sus armas, que chocaron con metálico sonido contra el suelo, en tanto que otros miraban a la prisionera, como pidiéndola consejo. Emory se dio cuenta de ello y repitió su intimación:

— ¡No lo repetiré más! ¡Al suelo los fusiles! —y la punta del cuchillo hizo presión sobre aquella garganta.

Esta vez obedecieron todos, excepto el que había sido encargado de abrir y cerrar la puerta de la cúpula. Dando un salto, pretendió arrojarse sobre el terrestre, pero en mitad de su movimiento, una contracción de agonía desfiguro sus facciones, al mismo tiempo que un ronco grito salía de sus labios y caía en el suelo, revolcándose como un poseído al tratar, vanamente, de arrancarse el cuchillo que le

sobresalía de su espalda.

— ¡Bravo, Abner! ¡Ha sido una espléndida faena! ¡Coge su fusil y enciérralos a todos!

Ante el asombro de los circunstantes, el judío se había levantado, "resucitando" e interviniendo en el momento más oportuno. Se arrojó como un gato sobre el arma, encañonando a los estupefactos soldados que no comprendían exactamente lo que ocurría y que empezaron a deslizarse hacia un lado, obedeciendo las indicaciones de Blossom.

— ¡Capitan Tziid! ¡Teniente Wzaid! ¡Recuerden que han jurado defenderme hasta la muerte!

Las palabras de su reina galvanizaron a los dos Oficiales que se arrojaron sobre las armas que yacían en informe montón, pero no llegaron a ellas. Blossom oprimió el gatillo de su fusil y dos bolas de humo verdoso se elevaron en aquel preciso instante del lugar que habían ocupado los dos hombres que en vano habían tratado de defender a Melphys.

Entonces Arabel pareció salir del éxtasis en que se hallaba. Corrió hacía Emory que había arrojado a un lado a Melphys, furiosa, irritada, humillada, más sin poder hacer nada, y se le abrazo apasionadamente:

— ¡Querido, temí tanto por ti! ¡Oh, tu herida!

— No es nada de particular, cariño. Un simple arañazo.

— Te lo curare. Aguarda —de repente, sin que nada hiciera preveer sus intenciones, se acercó a Melphys, que permanecía inmóvil, llameándole los ojos, pero completamente impotente, y de un brusco tirón arrancó una de las flotantes telas que cubrían aquel esbelto talle.

— Esto servirá —murmuró y dio tres o cuatro vueltas a la herida amorosamente, mirándose luego feliz en los ojos de su amado. Pero éste volvió lentamente a la realidad y miro al hebreo:

— ¡Blossom, necesitaremos trajes para salir de aquí!

— ¡O.K.! ¡Ahora mismo! —y se encaminó a cumplir lo ordenado.

— ¿Qué pensáis hacer conmigo? —preguntó la reina orgullosamente.

— Vas a servirnos de rehén, hermosa.

— ¿De rehén? No puedo humillarme de esta manera —contestó ella

altivamente—: Os daré mi real palabra...

— ¡Gracias! —rió Emory desdeñosamente—: Sabemos por experiencia cuanto vale tu "real palabra" —y subrayó la frase—: Vendrás con nosotros. Esta decidido.

Cinco minutos después regresaba Blossom con los uniformes:

— No están hechos a la medida, pero vaya, creo que servirán. —Se dirigió a Melphys—: ¿Sabes que tus soldados son un hatajo de borregos? Ya lo has visto: yo sólo y no han chistado siquiera.

— Calla y no fanfarronees, Blossom —le reprendió Emory—: Vístete pronto.

— ¿Me dejareis en libertad después? —quiso Saber Melphys, cuando franqueando todas las puertas con su sola presencia, montaron en un coche que habían mandado disponer anteriormente y que conducía Abner en dirección al espaciopuerto.

— Es probable —contestó Emory enigmáticamente—: En todo caso nosotros no hemos prometido nada. Sigues siendo nuestro rehén, no lo olvides.

Arabel trato de intervenir, sintiéndose feliz al verse libre:

— ¡Por favor, Emory! Nosotros regresamos a la Tierra. Déjala que se quede —pero no recibió otra respuesta que una indefinible sonrisa del hombre a quien amaba.

Descendieron a unos metros del astroyate de Arabel los cuatro, encaminándose hacia el. Un grupo de soldados charlaba indiferentemente de sus cosas, pero al ver a la reina se quedaron rígidos, en marcial postura, saludando respetuosamente.

— ¡Pronto! ¡Arriba!

— ¡Yo me quedo! ¡Me lo has prometido! —replicó airada la reina.

— Yo no he prometido nada. No se cómo hablar para hacerme entender. ¡Arriba, he dicho! —y ya no usaba de ninguna cortesía con la cautiva.

Los soldados se dieron cuenta de que algo raro ocurría a su reina. No era corriente que un compañero suyo se tomara aquellas libertades con ella y vacilaron unos segundos, pero Melphys no dejó de darse

cuenta de lo que ocurría:

— ¡A mi! —gritó—. ¡Se me llevan a la fuerza!

— ¡Maldita! —rugió Blossom—. ¡Corre, Emory, llévatela! Yo me quedo aquí para protegeros. Será mi castigo por haber estado a punto de estropear todo el plan. ¡Daos prisa!

Les volvió la espalda, arrodillándose. Una serie de verdosos fogonazos comenzaron a salir por la boca del arma, en inacabable sucesión, disparando una lluvia de proyectiles desintegrantes sobre el grupo de soldados, del que comenzaron a salir bolas de humo del mismo color. Pero, pasada la primera sorpresa y aunque terriblemente diezmados, desenfundaron las pistolas que llevaban en los cinturones y respondieron al fuego de Blossom cumplidamente, en tanto que Arabel y Emory, llevando en el centro a Melphys, corrían hacia el cohete, sin que los soldados, por temor a herir a su reina, se atrevieran a disparar.

Lo último que vieron los ojos de ambos terrícolas antes de cerrar la portezuela del aparato fueron dos disparos simultáneos: el del último soldado y el de Blossom, desapareciendo ambos entre medio de dos fulgurantes relámpagos verdosos, cuyo humo se disipó perezosamente. Y casi en el acto, de las toberas de la nave sideral comenzaron a salir chorros de anaranjadas llamaradas.

* * *

En órbita libre, Emory tendió un documento a la todavía estupefacta Melphys, diciéndole secamente:

— ¡Firma!

Ella pasó sus ojos rápidamente por las líneas escritas y denegó, arrojando el documento despreciativamente a un lado:

— ¡No! ¡Jamás! ¡No consentiré! ¡Es una violación del Pacto!

— Está bien —dijo Emory—. Veremos si veinticuatro horas de encierro te hacen variar de opinión.

Cuando Emory regresó a la sala de mandos le salió al paso Arabel, como pidiéndole una explicación; pero él, pasándole la mano por los

hombros suavemente, dijo:

— Ahora no. Tengo que hacer —y dicho esto se sentó ante el transmisor, comenzando a hablar, pronunciando una serie interminable de cifras cuyo contenido no comprendió Arabel en absoluto.

Veinticuatro horas más tarde, Melphys volvió a ver el documento aquel frente a sus ojos y de nuevo volvió a mover negativamente la cabeza. Esta vez no habló siquiera, pero Emory se limitó a sonreír, también sin hablar, y se fue hacia el transmisor, conectando asimismo la pantalla televisora. La voz del locutor se dejó oír en la cabina:

— ...y en este momento, los regimientos números 3, 19, 34 y 55 de fuerzas espaciales están siendo transportados y las primeras avanzadillas están desembarcando en la capital de Astarté, el planeta de la corrupción y el vicio. Dentro de pocas horas, el planetoide 2.012 se habrá integrado en la Federación del Sistema y...

— Te conviene firmar, reina Melphys. La Federación no puede tolerar más una independencia perniciosa.

Melphys obedeció. Y luego, llorando lágrimás de fuego, de ira y de rabia se encerró voluntariamente en su cámara, dejando sola a la pareja.

— ¿Llegó ya la hora de la explicación? —murmuró Arabel, viendo en la pantalla decenas y decenas de naves siderales rumbo a Astarteia—. ¿Proscrito o...?

— Agente especial del Servicio Secreto del Espacio —sonrió Emory.

— ¿Pero... no eras un..., un...? —Arabel no se atrevía a pronunciar la fatídica palabra—. ¿No te habían expulsado de la Policía Sideral?

— Cierto. Ocurrió hace algunos anos y fui acusado injustamente de asesino. Pero nadie supo que el muerto era sobrino del presidente de la Federación. Nadie supo, porque el presidente se cuidó muy bien de ocultarlo, que el sobrino era un canalla de la peor especie, que había matado ya a dos agentes enviados a capturarle. Nadie supo que contra aquella hiena humana no se podía emplear la dialéctica, sino las armas. Y yo fui más rápido que él. No se le podían hacer consideraciones para que se rindiera. Como es lógico, el presidente ordenó que se me expulsara y falsearon todo mi expediente. Solamente mi actuación en la I Guerra Sideral impidió mi condena a muerte.

— Sin embargo, no comprendo cómo Blossom logró convencerte para que desempeñaras esta misión.

— Abner era un agente que tenía otra misión: la de sacarme a mi de Magnecity. Pero había que hacerlo de una forma lógica; no me podían restituir mi cargo así como así. Hubieran podido despertar sospechas en Astarteia. Debo decirte que todo esto fue obra del nuevo presidente, que reparo así la injusticia que se había cometido conmigo al tomar posesión de su cargo y enterarle el jefe del Servicio de lo que ocurría conmigo.

— Tuviste que matar a un hombre —le reprochó ella.

— Cualquier día lo hubiera matado otro. Charlie no tenía remedio. Pero nuestro plan estuvo a punto de fracasar. El oro cegó a Blossom y no me quedó otro remedio que seguirle, por el momento. La idea era llevar aquella tripulación de bandidos para despistar. Otra cuadrilla de atracadores que hubiera terminado, tarde o temprano, como Murray, en la desintegradora. Menos mal que Blossom se redimió a última hora de su culpa.

— Pero —Arabel continuaba haciendo objeciones— de esta forma violáis el pacto que firmó la Federación con Melphys.

— El bien de la Federación del Sistema no admite sentimentalismos, querida. Astarteia es un foco de vicio, de corrupción, que había que eliminar necesariamente porque empezaba a contagiar a otros planetas, y, por otra parte, Melphys sostenía secretos contactos con estos astros para hacerse con la Presidencia de una Federación independiente. No podíamos tolerarlo, ¿comprendes?

— No mucho —suspiró ella, gozosa, apoyándose en el pecho del amado—. Pero, gracias a Dios, todo termina bien cuando bien acaba. Y para mi no ha podido ser mejor: encontré el amor al final de la aventura.

— ¿Querrás a un ase...?

Ella le tapo la boca con la mano:

— ¡Chitss! ¡No digas eso, Emory! ¡Te quiero y basta! Se de sobra que siempre cumpliste con tu deber.

Un momento de silencio envolvió a la enamorada pareja. Pero de repente ella se separó bruscamente, mirando a Emory con horrorizada expresión.

— ¿Qué te ocurre, Arabel?

— Edna. Edna Purwance. Ahora que te han rehabilitado, tendrás que casarte con ella y...

Ahora fue el hombre quien impuso silencio. Pero no con la mano, sino con su propia boca, oprimiendo los dulces labios de la amada.

FIN